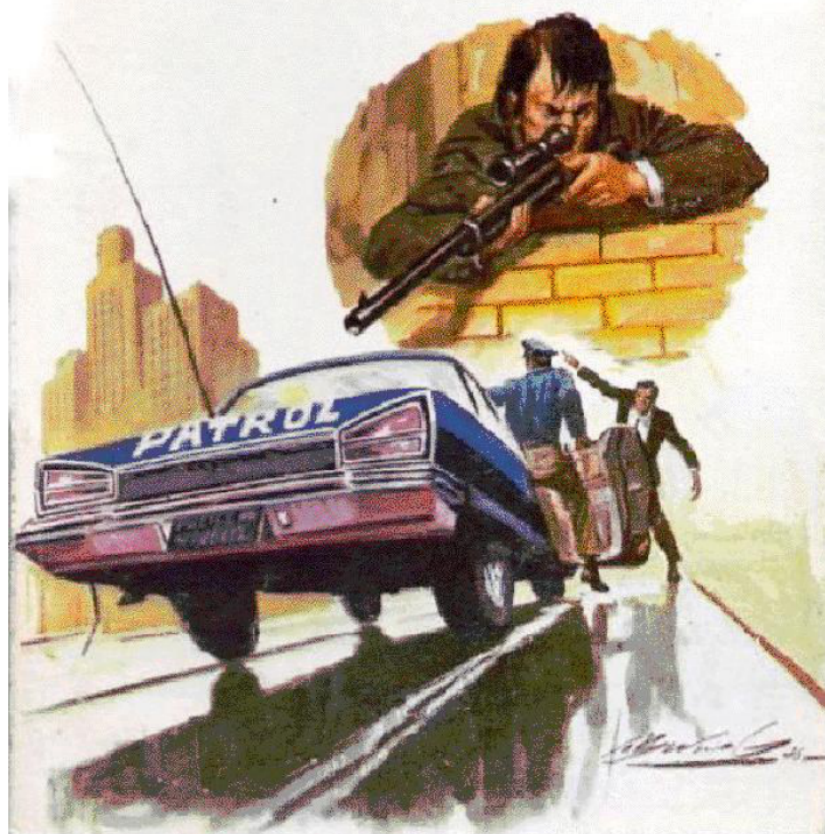


BOULEVARD SÉRIE RA
PUNTO
ROJO

cachorro de sabueso

ray lester



COLECCION

PUNTO ROJO



RAY LESTER

CACHORRO DE SABUESO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 747
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 27.339 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1976

© Ray Lester, 1976

texto

© Antonio Bernal, 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

Jonathan Wales, teniente de la brigada de homicidios de Brooklyn Heights, paseó por su oficina con una mueca de sarcasmo plasmada en el duro semblante.

Ésta tenía mucho que desear en cuanto a orden y limpieza. Una mesa repleta de informes, legajos de toda índole, y objetos diversos. Una estantería llena de carpetas de archivos, un mapa a escala de Brooklyn Heights, varias sillas y una bombona de agua en uno de los ángulos de la estancia.

El panel de cristal traslúcido dejaba ver a los diez o doce policías que se hallaban atareados tras las máquinas de escribir, pasando fichas de delincuentes, o investigando datos por teléfono de algún asunto encomendado por Wales. Tampoco reinaba un perfecto orden en la sala principal de la brigada.

El teniente de detectives Wales llegó a la bombona de agua y cogiendo un vaso parafinado lo llenó de líquido bebiendo parsimonioso. Luego se giró indolente al hombre que permanecía erguido ante la mesa repleta de papeles.

—Conque tú eres Jack W. Loos, ¿eh?

—En efecto, teniente Wales.

Se trataba de un joven de unos veinticinco años, fuerte complexión atlética, cabellos oscuros algo largos y un tanto revueltos, y ojos igualmente negros. Su mirada era inteligente y sus facciones varoniles.

El teniente Jonathan Walesladeó la cabeza y sin abandonar la mueca de sarcasmo reflejada en su rostro, miró al joven Jack W. Loos de forma claramente despectiva.

—Éste es el hombre que me envían para sustituir a uno de mis mejores detectives, Edward Novak, muerto en acto de servicio —levantó las manos dando la espalda a Loos y exclamó irónico—: Nada menos que a un maldito parvulillo, a un neófita, a un aborto

de detective recién salido de la Academia.

A Jack W. Loos le dolieron las duras palabras de su nuevo jefe, pero no lo evidenció. Siguió inalterable el semblante. Por su parte, Jonathan Wales continuó en tono mordaz:

—Seguro que te consideras un genio de la investigación, ¿eh, Loos? En tu flamante informe dice que fuiste el número uno de tu promoción. Un fenómeno, vaya. Hasta mamaíta se siente orgullosa de su hijito Jack, ¿no es así?

Loos atirantó las facciones.

—¿Puedo pedirle un favor, teniente?

—No me digas que ya quieres cobrar la mensualidad por adelantado.

—Le ruego que deje a mi madre fuera de esto, teniente —pidió sereno el muchacho—. Y en cuanto a lo de creermelo un genio... Le diré que me considero un detective más.

Jonathan Wales estrujó en la zarpa el vaso parafinado que aún tenía en la diestra y lo arrojó furioso a la papelería. Se giró bruscamente al joven enarcando las cejas y lo contempló como el que mira a un bicho repugnante.

—¿Un detective más has dicho, novato? Me parece que esta mañana no ando bien del oído izquierdo y escuché mal. Tú no le llegas ni a la suela del zapato al peor de mis hombres. Te falta experiencia de lo que significa enfrentarse cotidianamente a ramerías, chulos indecentes, criminales, contrabandistas, ladrones... ¿Qué vas a saber tú? Tienes que empezar a olvidar lo que te enseñaron, pipiolo. Las lecciones prácticas te serán mucho más útiles.

Ante el silencio hermético de Loos le apuntó con el índice extendido y añadió:

—Tienes que meterte en la mollera que eres un parvulillo inexperto, un aprendiz de policía... un capullo en flor, vamos. Y desde este mismo instante quiero que sepas algo muy importante, Jack W. Loos. En cuanto escuches que te llamo quiero que galopes para mi oficina y vengas a lamerme el zapato, moviendo la cola como un perrito amaestrado, ¿comprendes? Te han enviado para sustituir a Novak y no puedo rechazarte oficialmente, de acuerdo. Pero conseguiré que por lo menos resultes la mitad de bueno que era él. Ya lo verás.

El joven continuó con el rostro inexpresivo y respondió calmosamente a su superior:

—No he pedido venir voluntario, teniente.

—Tampoco yo solicité tu presencia aquí, sabihondo.

—Entonces coincidimos en ese punto, señor.

Wales entornó un ojo y lo miró socarrón con el otro.

—Muy bien, capullín, muy bien —asintió riendo bajito—. No obstante, los altos jefes han supuesto que eras el hombre ideal para cubrir la vacante dejada por Novak. Un engreído número uno de la Academia no llegará ni a cubrir la quinta parte del hueco dejado por el detective Edward Novak, ¿entiendes?

—Sólo en parte, señor. Entiendo que usted debía sentir un gran afecto por el agente Novak y le duele verme en su lugar.

Wales exageró su asombro haciendo una mueca cómica.

—No me digas que además de policía eres psicólogo, Loos. Precisamente lo que nos estaba haciendo falta en la brigada, hombre. Un tipo que se las sabe todas.

—No soy psicólogo, teniente.

—Sin embargo, has podido leer en mi mente, ¿eh? —se burló el teniente—. Estás aquí y ese mal ya no podemos evitarlo, tío listo. Pero voy a leerte la cartilla para que sepas en todo momento a qué atenerte.

—Conozco las obligaciones de un policía, teniente.

Wales enrojeció súbitamente.

—Las obligaciones de un detective de la brigada de homicidios de Brooklyn Heights, las digo yo, ¿estamos? Eso es lo primero que debes aprender. Otra cosa que tienes que aprender es que todos, incluso la mujer de la limpieza, son superiores a ti. Cualquier sugerencia de ellos tendrás que obedecerla sin rechistar.

Jack W. Loos se armó de paciencia.

—Entiendo, señor.

Wales le clavó el índice en el hombro repetidas veces mientras iba diciendo despacio:

—Debes procurar que tus imprudencias, que las cometerás a manta, no pongan en peligro las vidas de tus compañeros. Tú puedes hacerte matar cuando te venga en ganas, pero si uno de mis muchachos es herido a causa de un error tuyo, prometo que te hago disecar y te cuelgo de trofeo en esa pared.

—Procuraré no adornar su pared, teniente Wales —forzó una sonrisa el joven—. Nunca me gustó ser un trofeo.

Wales no dejó de puntearle el hombro con el índice.

—Los tipos guapitos y listorros como tú siempre me han caído gordos. Os tengo verdadera fobia, palabra. No creo en una generación que se quiere comer al mundo ella solita, ¿sabes? Ahora voy a seguir leyéndote la cartilla, sabihondo.

—Mi nombre es Jack W. Loos, teniente.

—Lo he leído hace un rato en tu ficha, capullín. Tengo buena memoria para retener nombres. Lo que ocurre es que no puedo evitar náuseas cuando veo a un jovenzuelo de tu facha delante de mí, pretendiendo hacerse pasar por detective. Mamaíta te ha leído muchas historias de detectives guapos, ¿eh, nene?

El joven atirantó el semblante. Apretó los puños y sus facciones empalidecieron.

—Se lo pedí por favor, teniente.

—¿El qué, enterado?

—Que dejara en paz a mi madre, señor.

—Ya no me acordaba, nene —mintió Wales haciendo un ademán burlón—. ¿Vamos a seguir con tus obligaciones como policía?

Jack W. Loos movió la cabeza en lenta negativa. Luego inquirió en tono gélido:

—¿Puedo hablar sinceramente, teniente?

Jonathan Wales rió abiertamente y le palmeó el hombro exagerando al máximo su burla.

—No faltaba más, sabihondo. Para eso estamos aquí. ¿Piensas darme tu impresión personal de nuestro primer contacto?

—Eso es, teniente.

—¿Y bien?

—Con el debido respeto opino que es usted un berraco con aspecto de persona, señor. Todo lo que ha hecho desde mi llegada ha sido insultarme y menospreciarme sin detenerse a comprobar si lo merezco o no. Comprendo que existan tipos de su calaña en el mundo, pero no que ocupen puestos de responsabilidad en la policía. Opino sinceramente que me equivoqué al elegir la profesión. —Loos hizo una breve pausa e inquirió acto seguido—: Ahora... ¿quiere mi dimisión por escrito, o se conforma con que le entregue la placa?

Jonathan Wales estaba mirando incrédulamente al joven que tenía delante, y ahora su asombro no era fingido. Le pegó un mordisco al aire y masculló:

—Eres un gallito de pelea, ¿eh, Loos?

—Soy una persona con virtudes y defectos, teniente Wales. ¿Cómo desea mi dimisión?

Jonathan Wales paseó unos instantes por el despacho y luego acabó enfrentándose a Loos.

—Has abierto la válvula y ahora deseas escurrir el bulto, ¿eh, gallito de pelea?

Jack W. Loos frunció el ceño.

—No lo entiendo, señor.

—¿Quién habla aquí de dimisión? —dijo fríamente Wales—. Tienes dos caminos a seguir, Loos. Presentas la dimisión y te largas con el rabo entre las piernas, o te quedas y me demuestras que en efecto eres un bravito con todas sus consecuencias. Pero te advierto que si te quedas procuraré que te arrepientas de haber nacido, guapín. Los servicios más peligrosos, las misiones más arriesgadas, allí donde puedan meter un balazo o una cuchillada a uno de mis hombres... estarás tú.

Jonathan Wales dejó pasar unos segundos y agregó irónico:

—¿Vas a darme el gustazo de intentar demostrar tus agallas quedándote con nosotros, Loos?

El joven lo miró fijamente a los ojos sin ni siquiera pestañear.

Después de largos segundos, asintió moviendo la cabeza.

—Me quedo en la brigada, teniente Wales.

CAPÍTULO II

Jack W. Loos conducía apaciblemente por las calles de Brooklyn en ronda rutinaria, aunque para él era una novedad puesto que lo hacía por primera vez. Eran las doce y diez minutos de la noche.

A su lado, el veterano Rand Hunter, de unos cuarenta y cinco años, anchas espaldas y rostro afable, fumaba tranquilamente. Echó una bocanada de humo por el cristal a medio subir de la portezuela y giró la cabeza observando el perfil de Loos.

—El teniente Wales no es tan mala persona, Jack —comentó—. Opino que té has metido en un feo asunto.

Sin apartar la mirada del asfalto, respondió el joven:

—El teniente Wales es un angelito, Hunter.

—Eh, muchacho, que yo no pincho ni corto. Si te lo vas a tomar por la tremenda allá vosotros, ¿eh?

Jack W. Loos forzó una sonrisa.

—Perdona, Hunter. Reconozco que perdí los estribos esta tarde. Pero Wales no me habló en la forma adecuada tampoco. Tienes que admitir que sus modales fueron brutales.

—Lo admito —asintió Hunter—. Nunca lo había visto de esa manera. De todas formas lleva demasiado tiempo en la policía para ser blando. Es como el clásico «duro» de las películas. Tanto tratar con maleantes...

—Pero debió darme una oportunidad, ¿no?

—Estos días anda de un humor de perros, Jack. No debes hacerla demasiado caso. Si cumples con tu obligación no te costará integrarte al grupo y aunque el teniente posee un carácter temperamental, olvidará vuestra primera entrevista.

El joven sacudió la cabeza.

—Lo dudo —dijo pensativo—. Tú no pudiste ver su mirada cuando me lanzó su velada amenaza.

—¡Bah...! Wales es así, muchacho. No niego que al principio la

tomará un poco contigo. Pero luego todo pasará. —Hunter hizo una breve pausa y agregó desviando el tema—: Espero que tengamos una noche medianamente apacible. Si todo sigue así...

Hubo una pausa entre ellos y de pronto inquirió Loos:

—¿Cuándo mataron a Novak?

Rand Hunter lo miró antes de responder.

—Hace unos diez días. Eso es lo que tiene desquiciado al teniente Wales.

—No habéis podido cazar al asesino, ¿eh?

Hunter encogió los anchos hombros.

—Parece que se haya hecho humo el maldito. No hemos encontrado ni rastro de él.

Loos dejó pasar unos segundos antes de formular su siguiente pregunta.

—¿Cómo murió, Hunter?

—Una bala en la nuca cuando trataba de impedir el supuesto robo de una joyería.

Loos arrugó el ceño.

—¿En la nuca?

—Eso es. El disparo fue hecho desde una distancia aproximada de cuarenta metros. Utilizaron un fusil para matarlo. Su compañero, Louis Dewey, no pudo dar con el asesino.

—Al referirte a la joyería has dicho supuesto robo, ¿no?

—Fue una falsa alarma. Dewey pudo comprobar que no estaban robando la joyería.

—Eso huele a una trampa, Hunter.

Rand Hunter cabeceó afirmativamente.

—Una conclusión fácil a la que hemos llegado todos, muchacho. Al parecer se trató de una venganza personal. En este oficio enviamos a demasiada gente a la cárcel y un día u otro... a un resentido le da por vengarse del policía que lo detuvo.

—Comprendo.

—Por eso no debes extrañarte del humor del teniente Wales. Cuando matan a uno de sus hombres y no puede atrapar al criminal, se lo comen los diablos. Está llevando personalmente la investigación y desde hace diez días sólo da palos de ciego.

Jack W. Loos murmuró después de un corto silencio:

—Eso justifica en parte su comportamiento conmigo.

—Ya te lo dije, Jack.

—Pero sólo en parte, Hunter. Los que estamos a su alrededor somos personas, ¿sabes?

—De todas formas tú tampoco te mordiste la lengua. Cuando escuchamos tus palabras creímos por un momento que saldrías por la ventana, muchacho. Por suerte para ti, Wales reaccionó de manera imprevista dado su habitual carácter.

El joven encogió los hombros.

—Quizá comprendió que no me faltaba razón. ¿Habéis revisado todas las fichas?

—¿De quién?

—Ya sabes... De las personas a las que detuvo Edward Novak. Es posible que uno de los que hayan salido últimamente...

El veterano Rand Hunter tuvo paciencia con el novato y explicó pausadamente:

—Fue lo primero que hizo Wales. Nos ordenó buscar a fondo en relación a ese punto y no pudimos hallar nada de nada. Han sido descartados uno a uno todos los posibles culpables. Sus coartadas han sido comprobadas hasta la saciedad. No se ha adelantado nada por ese camino.

Jack sonrió girando la cabeza a su compañero.

—Debo parecerte un estúpido, Hunter.

—¿Por qué?

—Parece que quiera enseñaros el oficio cuando en realidad tengo mucho que aprender de vosotros. Supongo que el teniente Wales está suficientemente capacitado para encontrar la pista que lo lleva al asesino de Novak.

Hunter soltó una risita algo irónica.

—Yo también lo supongo, Jack. No te sigas rompiendo la sesera porque la investigación está en buenas manos. Wales y seis muchachos trabajan en ello.

—Ya. ¿Tú también estás castigado por algún motivo, Hunter?

El veterano detective respingó arqueando las cejas.

—¿Yo castigado? ¿Por qué?

—Como también haces la ronda nocturna...

Hunter rió abiertamente.

—¡Ah, es eso! Piensa que somos mantenedores del orden y alguno de nosotros tiene que realizar la vigilancia nocturna. El

patrullar de noche no significa ningún castigo, Jack. Si quieres que te diga la verdad, casi lo prefiero.

—Pues yo supuse...

—Te has formado un mal concepto del teniente Wales, Jack —lo interrumpió el veterano—. No voy a decirte que sea Blancanieves, pero tampoco es la bruja de la manzana, ¿me entiendes? Lo que ocurrió es que lo cogiste en mal momento y eso fue todo.

Jack W. Loos quedó unos segundos dubitativo.

—Es posible que tengas razón.

—¡Pues claro que tengo razón, chico! No te rompas la sesera dándole vueltas al asunto.

—En los próximos días lo veremos, Hunter. Si resulta que es un tipo rencoroso y vengativo...

Rand Hunter dio un manotazo al aire cortándolo de nuevo.

—Olvida eso, Jack. Jonathan Wales es un fulano duro, inflexible, eso es cierto y no se puede negar. Pero jamás ha sido un individuo ruin que se valga de su cargo para abusar de los hombres a sus órdenes. Y tú eres uno de nosotros desde el momento que decidiste no presentar la dimisión. ¿Por qué lo hiciste?

—¿El qué?

—No presentar la dimisión cuando te la ofreció en bandeja. Después de tus palabras todos pensábamos en la brigada que te largarías. Nos llevamos una sorpresa.

El joven torció los labios en una mueca.

—No me gustó el desafío que leí en su mirada. Siempre me han repugnado los tiranos.

—Está bien —suspiró Hunter arrojando la colilla a la calle—. Vamos a dejar eso ya y esperemos que la noche transcurra con la misma tranquilidad que hasta ahora.

Pasaron unos minutos en silencio y súbitamente inquirió Hunter:

—¿Te apetece un café, Jack?

El joven mostró su extrañeza.

—¿Podemos hacerlo estando de servicio, Hunter?

El veterano rió dedicándole un guiño.

—Tengo mi propio bar con servicio a domicilio y todo, muchacho. Con camarera incluida.

Jack W. Loos no pudo evitar ponerse en guardia de inmediato. Aquello podía ser una trampa tendida astutamente por el teniente

en combinación con Rand Hunter.

Miró inexpresivo a su compañero, pero no dijo nada.

Hunter dijo sin cesar de sonreír:

—Sólo tienes que girar a la derecha en la próxima calle y detener el coche frente a la tercera casita, muchacho. La marcada con el número veintitrés.

El joven pensó que su compañero parecía absolutamente sincero. No daba la impresión Rand Hunter de ser la clase de persona que se prestara a un juego sucio.

Decidió hacerle caso y giró a la derecha.

Se encontró en una calle donde todo eran casas pequeñas de una sola planta y con un diminuto jardín delante de ellas. Buscó la marcada con el veintitrés y detuvo el coche.

Rand Hunter pulsó el claxon dos veces en cortas pausas y descendió del vehículo.

—No podemos alejarnos por si suena la radio, Jack —comentó mirando en dirección a la casa—. Pero será mejor que bajes del coche, hombre. Estirar las piernas viene bien.

No habían transcurrido dos minutos cuando se abrió la puerta de la casita y en el hueco apareció una mujer. Desapareció brevemente para volver a reaparecer portando una bandeja en las manos.

Vino decididamente en dirección al coche patrulla.

Al aproximarse observó Jack que en la bandeja traía dos tazas y una cafetera de la que salía un delicioso aroma a café. Sonrió a Hunter besándolo en la mejilla.

Jack pudo observar también que se trataba de una muchacha no mayor de dieciocho años, esbelta como una gacela, rostro simpático sin llegar a hermoso, y senos turgentes, juveniles. El cabello pelirrojo lo llevaba cortado en melena que acababa en los hombros.

No pudo evitar de nuevo los temores de que aquello fuese una trampa de Jonathan Wales. Porque aquello no era normal en una patrulla de policía, según lo aprendido en la Academia.

CAPÍTULO III

La chica miró abiertamente a Jack y le dirigió una leve sonrisa. En sus mejillas se formaron dos pequeños hoyuelos que al joven le parecieron encantadores.

Escanciando café en ambas tazas, presentó Hunter:

—Este joven es Jack W. Loos, hija. Te presento a Patsy Hunter de la que estoy orgulloso de ser padre, Jack. Tiene la cualidad inapreciable de tenerme el café siempre a punto.

La chica rió encendidas las mejillas.

—Eso no tiene mérito, Jack —sonrió tuteándolo con naturalidad—. Mi padre siempre pasa por aquí casi a la misma hora todas las noches. Siempre que le es posible, claro.

Jack W. Loos le tendió la diestra un tanto turbado.

—Encantado de conocerla, señorita Hunter.

—¡Oh, puedes tutearme, Jack! Los compañeros de mi padre siempre lo hacen. Y además me llaman Patsy.

Jack cabeceó entre confundido y satisfecho.

—De... acuerdo, Patsy. Gracias.

La chica lo miró atentamente con las cejas levantadas.

—Gracias... ¿por qué?

—Pues...

Afortunadamente para Jack, Rand Hunter acudió en su ayuda tendiéndole una taza de humeante café.

—Te da las gracias por el maravilloso brebaje que has preparado, hija —comentó risueño. Y luego agregó mirando a Loos—: Vas a probar el mejor café de tu vida, muchacho. Lo que dan por ahí es verdadera porquería comparado con el que hace Patsy.

La muchacha volvió a ruborizarse y el detalle no pasó desapercibido al joven, a pesar de que él también se encontraba bastante turbado. No sabía lo que le estaba pasando, porque de ordinario nunca fue tímido con las chicas. Sin embargo, ahora...

Patsy dijo sin quitarle los ojos de encima:

—Vas a conseguir sacarme los colores, papá.

—Me parece que ya es tarde para advertirme, hija —bromeó Hunter—. Tu cara es una amapola.

—¡Oh! Eres odioso, Rand Hunter.

Jack percibió una entonación de profundo cariño en el reproche de la chica. Hunter lo animó:

—Vamos, Jack. ¿Es que no piensas probarlo, hombre?

—Desde luego, Hunter —afirmó el joven acercando el borde de la taza a sus labios.

Después que hubo bebido un sorbo, inquirió Hunter:

—¿Qué tienes que decir, muchacho?

—Es el mejor café que he probado en mi vida, de veras.

—¿Qué quieres que te diga él, papá? —protestó Patsy—. Casi lo has obligado a decirlo.

—No, de verdad —se apresuró a asegurar Jack—. Este café es realmente excelente.

La chicaladeó la cabeza mirándolo con cierta picardía.

—No le dirás luego lo contrario a mi padre, ¿eh, Jack?

—¿Por qué iba a hacerlo? Estoy diciendo la verdad.

Rand Hunter terminó de beber su taza y la volvió a depositar sobre la bandeja que seguía sosteniendo la hija.

—Las mujeres son así de desconfiadas, Jack.

—Pues yo puedo asegurarte que estoy diciendo la pura verdad, Patsy. El café que preparas es extraordinario. Lo juro.

Patsy rió brevemente y de nuevo se le formaron los hoyuelos en las mejillas.

—Bueno, tampoco hace falta que te pongas tan solemne, Jack. Mi padre es un empedernido bebedor de café, pero puede que para ti sea diferente.

—El buen café tiene que gustarle a todo el mundo —aseguró convencido Hunter—. A todo el mundo que tenga paladar como Dios manda, claro.

—Hay quien tiene buen paladar y prefiere el té —dijo Jack—. A mí me gusta más el café.

—Bueno, muchacho, hay que seguir —dijo Hunter viendo que Loos terminaba su bebida y dejaba la taza sobre la bandeja—. Hasta dentro de un rato, hija.

—Adiós, papá.

Hunter la besó en la mejilla y se dirigió al coche.

Jack W. Loos se quedó unos segundos mirando a los ojos de Patsy sin saber qué decir. Finalmente, murmuró:

—Ha sido un placer, Patsy.

—Para mí también, Jack —le sonrió la chica—. Ya sabes dónde tienes tu casa.

—Lo mismo digo.

Ella lo miró sonriendo burlona.

—¿Vives en el coche, Jack?

Loos se turbó más de lo que estaba y con torpes movimientos extrajo la cartera. Entregó una tarjeta a Patsy, diciendo:

—Perdona, soy un tonto. En esta dirección serás siempre bien recibida, Patsy.

—Gracias, Jack. Siempre que no se trate de un apartamento de soltero, claro.

—Vivo..., vivo con mi madre, Patsy.

Desde el coche llamó Hunter:

—¿Vienes o qué, Jack?

Minutos después el coche rodaba de nuevo por las calles de Brooklyn en su rutinaria patrulla. Rand Hunter movió la cabeza y comentó con aire de satisfacción:

—Esta Patsy es una gran chica, te lo aseguro.

—Me parece que puedes sentirte orgulloso de ella, Hunter.

—Lo estoy, de veras. Hace cinco años que murió mi esposa. Patsy era todavía una mocosa, pero no consintió que nadie viniese a husmear dentro de casa. Ella la gobierna de maravilla. Ha conseguido... que en cierto modo no eche de menos a Mary, mi esposa.

Loos dio una cabezada.

—Supongo que tener a una hija como Patsy debe de ser extraordinario, Hunter.

—Lo es, muchacho, lo es.

Rodaron un trecho en silencio y de repente dijo Loos:

—¿Te molesta que te haga una pregunta sobre Wales, Hunter?

Su compañero giró la cabeza observándolo con una mueca de contrariedad plasmada en el rostro.

—Vuelves a romperte los sesos con lo mismo, ¿eh?

—No, Hunter —se apresuró a aclarar Loos—. Ahora se trata de una pregunta personal.

Rand Hunter levantó los hombros indolente.

—Siempre que no vayas a preguntarme la talla de ropa interior que gasta el teniente...

Loos tardó un poco en formular su pregunta.

—Me gustaría saber si Wales está solo. Ya me entiendes... Si tiene una familia.

—¿Te refieres a si es casado o soltero?

—Algo así.

—Jonathan Wales es un lobo solitario, muchacho.

—Gracias, Hunter.

—Puedo ampliar la respuesta agregando que nunca se le ha conocido una amiguita secreta en todos los años que llevamos con él. Ninguno de la brigada. Quizá por eso sea huraño y tenga un carácter tan agrio. Aunque vuelvo a decirte que es un gran tipo.

Jack concentró su atención en el asfalto y se limitó a soltar un gruñido ininteligible.

Hunter frunció el ceño.

—¿Qué dices?

—Es posible que tengas razón, Hunter.

—Oye, Jack..., ¿qué tiene eso que ver con vuestro pleito particular?

—Nada en absoluto, Hunter. Sólo trataba de buscar la causa del comportamiento conmigo.

—Lo pillaste de malas. Ya te lo dije.

—Puede ser.

—Vamos, Jack...

En eso se puso a funcionar la radio del coche patrulla y la voz de la operadora de la centralita se dejó oír:

—Coche doce, coche doce, responda.

Hunter cogió el micro y accionó el interruptor.

—Coche doce al habla.

—Vayan al bar Pretty de la calle 22 confluencia con la 37. Un grupo de menores de ambos sexos están alborotando.

—Nos encontramos cerca —dijo Hunter—. Nos dirigimos al lugar indicado. Corto.

Rand Hunter colgó el micro en el soporte y masculló:

—La juventud de hoy en día está podrida, Jack. ¿Cuándo diablos se van a comportar como Dios manda?

—Nunca se debe generalizar, Hunter —replicó Loos.

Acto seguido puso en funcionamiento la sirena y embolsó el coche remontando a toda velocidad hacia la dirección indicada. Viendo que se hallaba algo tenso, dijo Hunter:

—Es tu primer servicio, ¿eh, Jack?

El joven dio una cabezada afirmativa y añadió el veterano:

—Déjame la iniciativa a mí y todo irá como una seda, ¿comprendes? Sólo ocúpate de vigilar a esos chicos para que no cometan una tontería, Jack. No los pierdas de vista ni un instante.

—Descuida, Hunter.

—Y nada de violencias a menos que sea absolutamente necesario.

—Lo tendré en cuenta.

Hunter rió intentando transmitirle confianza.

—Será sencillo, ya lo verás. Esos gamberros se ponen muy mansos cuando llega la policía. Y seguro que ya hay allí otro coche de nuestros agentes uniformados para echamos una mano.

Loos continuó conduciendo sin hacer comentario.

Poco después frenaba bruscamente frente al bar Pretty y cada uno descendió del coche por su puerta.

Hunter lo miró un instante arrugando el ceño.

Todo el contorno aparecía silencioso y completamente solitario. Las luces tenues del Pretty se vislumbraban a través de los cristales semiopacos, pero ningún alboroto se escuchaba procedente del local.

Rand Hunter fue a decirle algo, pero su voz quedó ahogada por el estampido que crepitó en la calle.

Jack W. Loos vio con ojos desorbitados cómo su compañero se desplomaba con una mueca de infinita sorpresa plasmada en el semblante.

CAPÍTULO IV

Durante décimas de segundo que a Jack se le antojaron siglos, permaneció alelado. Sin ninguna capacidad de reacción, como si de pronto se hubiera convertido en estatua.

Luego corrió hacia Hunter y se inclinó a su lado.

Le pasó el brazo por la espalda e intentó incorporarlo un poco. Su compañero lo miró intensamente y quiso decirle algo, ya que movió los labios. Pero no pudo articular palabra alguna y con los ojos agrandados dobló la cabeza a un lado.

Jack lo depositó suavemente en el suelo y se dirigió al coche.

Con las mandíbulas apretadas descolgó el micro y pulsó el interruptor hablando roncamente:

—Aquí, coche doce, aquí, coche doce.

—¿Qué ocurre, coche doce?

—Han herido gravemente al detective Rand Hunter. Envíen rápidamente una ambulancia al bar Pretty.

Sin aguardar respuesta colgó.

Llevó la diestra a la axila y extrajo el revólver de reglamento escrutando los alrededores ligeramente encorvado. El cobarde agresor que había disparado sobre Hunter no podía hallarse lejos.

En la puerta del bar Pretty comenzaron a aparecer algunos curiosos, pero Jack no les prestó la menor atención. Con toda seguridad, el balazo vino de la parte opuesta.

Gotas de frío sudor perlaban su frente. El canalla agresor escondido en las sombras podía repetir su acción disparando ahora sobre él. Jack casi lo esperaba de un momento a otro.

El cuerpo de Rand Hunter permanecía inmóvil a su lado, inerte, con las piernas abiertas en compás. Por un momento, de una manera fugaz, la figura confiada y agradable de Patsy apareció en su mente y aquello lo llenó de desasosiego.

Apretó los dientes imprecando una maldición.

Y de pronto vislumbró a un bulto que trataba de escabullirse en la penumbra clara de la calle. Doblaba por la esquina más cercana y Jack no lo dudó un instante echando a correr en aquella dirección.

Antes de llegar a la esquina escuchó pasos precipitados de huida al otro lado y le dio a las piernas todo lo rápido que pudo. Tuvo el convencimiento que corría tras el criminal.

Quando al fin llegó a la otra calle vio la silueta de una persona que se alejaba a la carrera a unos treinta y cinco metros de distancia. Levantando el revólver, le gritó:

—¡Deténgase o disparo!

El tipo, pues ya no tuvo dudas de que se trataba de un hombre, aceleró la carrera en lugar de obedecer. Jack titubeó unas décimas de segundo y luego apretó el gatillo.

No logró alcanzar al fugitivo.

El joven siguió corriendo intentando de nuevo darle alcance. Por la calle silenciosa y solitaria corrían ambos frenéticamente uno en pos del otro.

El fugitivo llegó a la siguiente esquina y dobló por ella eludiendo un nuevo balazo de Loos.

A lo lejos comenzaron a sonar sirenas policiales.

Jack pensó que aún se hallaban a demasiado distancia como para llegar a tiempo de echarle una mano en la captura de aquel fulano que corría como un diablo.

Llegó a su vez a la esquina y también quiso girar por ella.

Pero entonces tuvo la impresión de que el edificio entero se le venía encima y los escombros llegaban a sepultarlo. Algo duro chocó contra su cráneo y la visión se le nubló.

Las piernas se negaban a sostenerle.

La última cosa de que tuvo noción fue que el suelo subía vertiginoso a su encuentro.

Luego lo invadieron las tinieblas.

Las nubes algodonosas se iban disipando lentamente.

Jack W. Loos sintió que una mano férrea como una zarpa de acero le clavaba los dedos en el hombro. La cabeza le dolía horriblemente, pero a pesar de ello reconoció la voz áspera del teniente Wales.

—¿Crees que podemos pasarnos aquí toda la noche, capullín? El doctor asegura que es un simple hematoma.

Loos abrió los enrojecidos ojos y posó la mirada en el rostro del teniente Wales. Se encontraba en el asiento posterior de un coche y su jefe estaba girado en el delantero mirándolo duramente. El joven se sujetó la cabeza con ambas manos componiendo una mueca de dolor.

Agriamente, increpó Wales:

—No tengo tiempo para cantarte una nana, novato. Y mucho menos para dejarte dormir. Vamos, necesito un informe preliminar de lo sucedido con toda clase de detalles.

Loos hizo un esfuerzo y musitó:

—¿Cómo... se encuentra Hunter?

Jonathan Wales masculló hosco:

—Venga, nene. Aquí hago yo las preguntas y tú te limitarás a responder, ¿estamos?

Loos apretó las mandíbulas furioso y al hacerlo sintió una punzada en el cráneo. Sus ojos relampaguearon fijos en los de Wales.

—Estoy preguntando por el estado de mi compañero de patrulla, señor. Tengo derecho a ello.

—¿Sí? ¿Y acaso no tenías derecho a echarle una mano, nene?

Jack W. Loos empalideció, intensamente.

—¿Está insinuando que yo he tenido la culpa, teniente? —Silabeó—. Si es eso lo que trata de decir...

—¡No puedo perder el tiempo en tonterías, Loos! —lo cortó rabioso Wales—. Rand Hunter ha sido trasladado a una clínica y su estado es grave al parecer. ¿Quieres decirme ahora lo ocurrido?

Jack respiró con fuerza. En torno al coche donde se hallaban vio a una nube de policías entre los que reconoció a varios compañeros de la brigada. Más alejados pudo ver a los inevitables curiosos.

Hizo un relato detallado de lo sucedido desde el instante en que recibieron la orden de dirigirse al bar Pretty, hasta que perdió el conocimiento a causa del golpe recibido en la cabeza. Cuando hubo concluido el relato, Wales continuó silencioso irnos instantes. Luego inquirió en tono falsamente suave:

—De modo que lo tuviste al alcance, ¿eh?

—Eso he dicho, señor.

—Pero te faltaron agallas para atraparlo como era tu obligación, novato.

—Me llevaba demasiada ventaja, teniente —respondió el joven haciendo un esfuerzo por dominarse—. A cualquier compañero se le hubiera escapado igualmente.

Jonathan Wales torció los labios en mueca sardónica.

—No me hagas reír, chico.

Jack se disponía a replicar airadamente a su jefe, cuando fueron interrumpidos por uno de sus compañeros. Hugh Mitchell, un detective de la brigada, que asomó la cabeza por la portezuela informando:

—En el Pretty nadie llamó a la policía, teniente.

—Lo imaginaba.

—Todo se hallaba dentro de la más completa normalidad hasta que empezaron a sonar los disparos en la calle. Aseguran que nadie estaba alborotando.

—Gracias, Hugh —cabeceó Wales—. Cita al propietario y a sus empleados para que acudan mañana a declarar.

—De acuerdo, teniente.

Ya se alejaba el detective, cuando llamó Wales:

—Hugh...

—Diga, teniente.

—Luego vete a ver a Rand. Comprueba si la bala que le han extraído y la que mató a Novak son del mismo calibre. Después la llevas al laboratorio y que me digan lo que descubren.

—Muy bien, teniente.

Se alejó Mitchell y Wales se encaró de nuevo a Loos.

—¿Puedes describir al fulano?

—Vagamente, señor. Era de mi estatura aproximadamente y desde luego no tendría más de los treinta.

—¿Por qué?

—Corría demasiado rápido, teniente.

—¿Qué más? Quiero que escribas en un papel todo lo que se te ocurra referente a él. Cómo iba vestido, algún detalle peculiar en su manera de correr, color de sus cabellos...

Jack emitió un suspiro.

—Poco puedo agregar, teniente. Le he dicho que se encontraba a demasiada distancia y la luz por aquí no es muy buena.

—Presentaré las quejas al Ayuntamiento, novato —volvió a mostrarse sardónico el oficial—. Así podrás ayudarnos si se te

presenta una nueva ocasión.

—Oiga, teniente...

Wales lo cortó con un seco ademán.

—Por lo menos verías si llevaba consigo un arma larga, ¿no? Un rifle, por ejemplo.

Loos afirmó con la cabeza.

—Creo que lo llevaba, teniente.

Wales arqueó las cejas irónico.

—¿Sólo lo crees, chico?

—¡Estoy seguro de ello, señor! —estalló con ira Jack—. Escuche, teniente, le aseguro que daría lo que fuese por ocupar ahora el lugar de Hunter.

Wales lo miró largamente a los ojos.

Luego dijo despacio:

—Vete a la cama y mañana te presentas a las nueve en la brigada. Intenta recordar lo que puedas. ¿Me has entendido, Loos?

El joven dio una cabezada afirmativa.

El teniente Jonathan Wales descendió del coche y ya se alejaba cuando de pronto volvió sobre sus pasos y asomó la cabeza por la ventanilla posterior.

Con el rostro a escasa distancia del de Jack, silabeó:

—A mí también me gustaría que ocuparas el lugar de Rand, novato.

CAPÍTULO V

—No es tan grave como se pensó en principio, Jack musitó Patsy —. El doctor Jacobs me ha garantizado que papá se pondrá bien.

El joven le apretó suavemente las manos.

—Me alegro mucho, Patsy. Yo... no pude hacer nada por evitarlo. Todo ocurrió con tanta rapidez...

La muchacha forzó una leve sonrisa.

—No debes culparte en absoluto, Jack. Estuvo aquí Hugh Mitchell y me dijo algo de lo ocurrido.

Los dos jóvenes estaban en la sala de visitas de la clínica donde había sido intervenido quirúrgicamente Rand Hunter. Loos consultó el reloj y dijo:

—Debes irte a casa, Patsy. Nada puedes hacer aquí y necesitas un poco de descanso.

Ella movió la cabeza negando.

—No podría, Jack. Estaba durmiendo cuando me vinieron a llamar y por un momento... temí lo peor.

—Lo comprendo, Patsy, lo comprendo. Pero son las siete de la mañana. Si el médico te ha asegurado que tu padre se pondrá bien...

—No me iré hasta hablar con él, Jack —lo cortó con firmeza la muchacha—. El doctor Jacobs me dijo que tardaría unas dos horas en recuperarse. Prometió que me dejaría verlo unos instantes.

—Está bien, Patsy —suspiró Loos sin saber qué decir. De repente se le ocurrió una idea y la transmitió de inmediato a la hija de su compañero—: Vas a venirte unos días a mi casa, Patsy. Mi madre estará contenta de que le hagas compañía.

La chica se sorprendió levantando la mirada hacia él.

—Jack...

—No hay nada que discutir —se apresuró a cortarla Loos entusiasmado con su propia idea—. Te gustará mi madre, Patsy.

Puedo asegurarte que se trata de una mujer muy amable y cariñosa. La compañera ideal que vas a necesitar durante unos días.

—No lo pongo en duda, Jack.

—Entonces está decidido. Esperamos hasta que podamos ver a tu padre y luego te acompañaré a casa. Recoges lo que vayas a necesitar y nos iremos.

El joven ponía tanto calor y convicción en lo que estaba diciendo, que Patsy le dedicó una breve sonrisa.

—No puedo aceptar, Jack.

En el rostro de Loos se pintó la desilusión.

—¿Por qué?

—No me gusta dejar mi casa abandonada, Jack.

—Sólo serán unos días, Patsy. Hasta que tu padre empiece a recuperarse. No vuelvas a decirme que no puedes venir, por favor. Yo puedo irme a dormir a un hotel.

—No se trata de eso, Jack, te lo prometo.

—Entonces no veo el motivo por el que no puedas alojarte unos días en mi casa, Patsy. Ya verás como mi madre se alegra de recibirte y puede serte de gran ayuda.

—Escucha, Jack...

El joven la cogió de las manos y volvió a interrumpirla hablando vehemente:

—Estoy seguro de que tu padre lo aprobará, Patsy. A él no le gustará en absoluto que permanezca sola en vuestra vivienda. Una chica no debe estar sola durante la noche. Sí, ya sé que también ahora lo estabas, pero es distinto. Sabías que tu padre llegaba cada mañana.

Jack W. Loos todavía se vio obligado a un largo diálogo con Patsy hasta lograr convencerla. Finalmente la chica accedió, pero puso la condición de que sólo sería una semana. Diez días a lo sumo.

El joven se dio por satisfecho.

Diez minutos más tarde llegaron otros dos detectives de la brigada de homicidios de Brooklyn Heights. Eran John Marlowe y Wilfrid Stern, ambos de mediana edad y buenos amigos de los Hunter.

Marlowe se dirigió en seguida a Patsy tendiéndole la diestra.

—¿Cómo está, Patsy?

—La herida no reviste la gravedad que se creyó en principio, John. El doctor dice que se recuperará. Wilfrid Stern sacudió la cabeza sonriendo.

—Ese Rand es un tipo de suerte, ¿eh, John? Además de tener a una hija como Patsy, tiene siete vidas como los gatos.

Marlowe le dio un codazo silenciándolo. Luego se dirigió de nuevo a la muchacha:

—Puedes venirte a casa hasta que Rand esté bien, Patsy —ofreció—. Pamela me ha encargado decírtelo. Ella vendrá tan pronto acuda mi suegra a quedarse con los leones de mis hijos.

—Gracias, John —respondió Patsy, esbozando una sonrisa—. Le he prometido a Jack que iré a vivir con su madre.

John Marlowe pareció reparar por primera vez en el joven y lo miró atentamente. Con cierto recelo en los ojos.

—Tengo, entendido que Wales te ordenó descansar, Loos.

—Así fue, Marlowe.

—Entras de servicio dentro de un rato, ¿no?

—Sí. Pero no hubiera podido pegar ojo. Preferí venir a hacer compañía a Patsy.

Marlowe encogió los hombros.

—Allá tú. Pero si quieres un buen consejo vete con cuidado. El teniente no es mal tipo en el fondo, pero puede ser duro como una roca en ocasiones.

Jack rió bajito.

—He podido comprobarlo, Marlowe.

—Procura no exasperarlo, muchacho. Es un consejo de amigo.

—Te lo agradezco, Marlowe, de veras.

—No tienes nada que agradecerme, Loos. Me he limitado a informarte y nada más.

Patsy miró alarmada al joven Loos.

—¿Ocurre algo entre tú y el teniente Wales, Jack?

—Al parecer no le caigo del todo bien, Patsy —explicó desenfadado el joven policía—. Claro que la simpatía entre nosotros es recíproca. De eso puedes estar segura. Ese tipo me cae gordo.

—No sabes cuánto me alegro de escucharte decir eso, novato.

Todos se giraron al mismo tiempo. En el hueco de entrada estaba Jonathan Wales y avanzó sonriendo fríamente a Loos.

El joven no se inmutó en absoluto y soportó la mirada de Wales

sin pestañear.

—No he leído en ninguna ordenanza que sea obligatorio amar a los superiores, teniente.

Wales sonrió lobunamente y hasta se permitió aplicarle unas suaves palmaditas en el brazo.

—Tienes mucha razón, chico. Lo que pasa es que uno se hace viejo y esas cosas se olvidan, ¿sabes? Pero ahora que lo dices creo que no te falta razón. En ninguna ordenanza dice que un detective deba querer a su jefe... y viceversa, claro.

Sus palabras encerraban una taimada amenaza que no pasó desapercibida para ninguno de los presentes.

Antes de que Jack pudiese contestar ya le había dado la espalda Wales y cogió entre las suyas la mano de Patsy.

—Perdona que no haya venido antes, Patsy —dijo—. He sabido por Mitchell que tu padre está fuera de peligro. ¿Cómo te encuentras de ánimos, muchacha?

Patsy movió la cabeza forzando una sonrisa.

—Bien, teniente Wales.

—Estos casos son siempre dolorosos. Sabemos que la muerte nos ronda, pero nunca esperamos que se fije en nosotros. Después de todo hemos tenido mucha suerte.

—Gracias a Dios, teniente.

En aquel momento entró un hombre delgado y alto en la sala y se dirigió recto a Patsy.

—Su padre ha despertado, señorita Hunter. ¿Qué hay, teniente?

—Dígame cómo se encuentra Hunter, doctor Jacobs.

—Ha sido un balazo muy afortunado, teniente Wales. La bala le penetró por debajo de la clavícula y siguiendo una trayectoria ascendente salió junto a la base del cuello. La suerte radica en que no deterioró ninguna arteria principal.

Wales arrugó el ceño.

—¿Ha dicho trayectoria ascendente? —Emitió un gruñido y sin esperar la respuesta del médico se giró a Loos—. ¿Cómo se puede explicar eso, chico? Si realmente le dispararon desde una distancia de unos treinta metros y a un mismo nivel, lo lógico sería una trayectoria horizontal.

—A menos que en aquel momento Hunter se encontrara encorvado hacia adelante, señor —apuntó Loos—. La trayectoria

pudo ser totalmente horizontal y, sin embargo, en Hunter dar la impresión de ascendente, ¿no?

El doctor Jacobs extendió un huesudo dedo apuntando al joven.

—Esa explicación es válida, teniente Wales. Si Hunter se encontraba ligeramente encorvado hacia adelante, puede dar la falsa impresión que le dispararon de abajo arriba.

Wales fingió dedicar una cariñosa mirada a Loos. Sus palabras estaban llenas de veneno cuando le dijo:

—Eres rápido de pensamientos, ¿eh, chico?

—Me adiestraron para eso, señor.

—Ya.

Patsy los interrumpió intencionadamente pidiendo a Jacobs:

—¿Puedo ver a mi padre, doctor?

—Desde luego, señorita Hunter. Pero sólo un par de minutos y no debe dejarlo hablar.

—Sí, doctor.

—Iré contigo, Patsy —dijo el teniente. Luego se giró a Loos y lo miró duramente—. Se te puede hacer tarde y soy un maniático de la puntualidad, chico. Te dije a las nueve en la brigada.

Jack dio una cabezada y antes de que se marcharan, dijo a la chica:

—Tienes mi dirección, Patsy. Mi madre te estará esperando. Perdona el no poder acompañarte.

Wales frunció el entrecejo pasando la mirada de Jack a Patsy. Pero se abstuvo de hacer comentario y desapareció por la puerta siguiendo a la muchacha y a Jacobs.

Marlowe vino junto al joven y le puso una mano en el hombro.

—Vas a tener muchos problemas, Loos. Será mejor que te vayas haciendo a la idea.

CAPÍTULO VI

En los siguientes cinco días no se pudo adelantar nada para esclarecer el caso.

El informe de balística demostró sin lugar a dudas que la bala que acabó con la vida de Edward Novak, y la que hirió a Rand Hunter, fueron disparadas por el mismo rifle. O sea, que el cobarde agresor fue el mismo individuo en ambos atentados.

Jonathan Wales dedicó a la mayoría de sus hombres en la tarea de cribar a fondo todas las posibilidades. Los resultados fueron negativos y las pistas acababan siempre en un callejón sin salida para desesperación del oficial.

Durante aquel período pareció olvidarse por completo de su animadversión hacia Jack W. Loos.

Se llevaron a cabo infinidad de interrogatorios y en ninguno de ellos pudo encontrarse el resquicio por el que poder descubrir algo positivo para la policía. Wales mantenía la teoría de que el criminal debía ser un psicópata que por alguna razón desconocida odiaba a toda la brigada de homicidios de Brooklyn Heights.

Y se había propuesto acabar con ellos uno a uno.

Daba la casualidad de que Novak y Hunter no habían trabajado jamás juntos en la resolución de un caso. Por lo tanto se descartó la hipótesis de una venganza dirigida a ambos. Cada día que pasaba sin que avanzaran nada, el humor del teniente Wales empeoraba. Y paradójicamente dejaba tranquilo al novato detective Loos.

Concentraba toda su atención en resolver el caso.

El propio capitán Chester Flagg se vio obligado a llamarlo a su despacho e intentó hacerle comprender que aquella situación no podía prolongarse. Wales estaba obsesionado y dejaba casi abandonados otros casos a su vez importantes para el capitán.

El teniente replicó acremente que para él lo más importante era la vida de sus hombres y no descansaría hasta ver al criminal entre

rejas. Y tenía que detenerlo antes de que descargara su siguiente golpe contra otro de sus muchachos.

Finalmente llegaron a un acuerdo.

El sargento Duke Mifflin se haría cargo del asunto ayudado por los detectives Mitchell y Marlowe. Wales confiaba plenamente en ellos y les encargó tenerlo informado en todo instante. Sobre todo si llegaban a descubrir una pista.

Patsy Hunter se hallaba alojada en casa de Jack, aunque el joven apenas si la vio en aquellos cinco días. Sólo coincidieron dos mañanas cuando Jack regresó de su patrulla nocturna y una tarde que el joven fue a la clínica a visitar al padre de la chica.

Patsy y la madre del novato detective congeniaron de inmediato.

Anne Loos podía pasar por la hermana de Jack en caso de proponérselo. Contaba cuarenta y cuatro años y se conservaba perfectamente. Poseía una figura casi juvenil y el influjo de simpatía que emanaba de toda ella resultaba agradable y contagioso. Tuvo a Jack cuando sólo contaba diecinueve años.

Ambas mujeres se pasaban muchos ratos charlando amigablemente y aquello, sin saber exactamente la razón, complacía extraordinariamente al muchacho. Estaba sumamente satisfecho de que Patsy y su madre congeniaran.

La tarde del quinto día después de que hirieran a Hunter, Jack fue a visitarlo antes de incorporarse al servicio. Rand ya podía hablar con absoluta normalidad y apenas entró Loos en la habitación, inquirió:

—¿Se ha podido hallar algo, Jack?

Loos sacudió la cabeza con desaliento.

—Todo continúa estancado, Hunter. Mifflin, Mitchell y Marlowe han quedado solos en el caso. El capitán Flagg ha ordenado a Wales que cada hombre regrese a su ocupación habitual.

Mientras hablaban, Loos encendió dos cigarrillos y puso uno en los labios de su compañero. Rand Hunter exhaló una bocanada de humo hacia el techo y comentó:

—Mifflin, Mitchell y Marlowe, conocen bien el oficio. Es posible que encuentren algo.

—Lo dudo mucho, Hunter —rebatía Loos pensativo—. No buscan en la dirección adecuada.

El veterano arqueó las cejas interesado.

—¿Qué pretendes decir, Jack?

Loos permaneció unos instantes taciturno, como si estuviese librando en su interior una batalla consigo mismo. Finalmente hizo un ademán tomando una decisión.

—Yo dispongo de una buena pista, Hunter —confesó sin andarse con rodeos—. Puedo llegar hasta el criminal con un poco de ayuda.

Rand Hunter se había quedado perplejo. Con el ceño fruncido clavó la mirada en el joven.

—¿Estás bromeando, Jack?

—Fue una intuición, Hunter —se animó a seguir hablando Loos—. Puedes llamarlo un presentimiento, un chispazo... Como quieras. El caso es que me estoy jugando el pellejo desde hace cuatro días. He buscado en los archivos reuniendo una serie de datos referentes al teniente y ahora dispongo de dos posibles culpables. Pero yo solo no puedo localizarlos porque me llevaría demasiado tiempo.

Hubo un silencio y lo rompió Hunter.

—¿Por qué no se lo comunicas a Wales, Jack?

—¿Para que vuelva a burlarse con sus ironías? No, gracias. Te he dicho que se trata de un presentimiento y no tengo ninguna prueba para avalarlo.

—¿Quieres explicarme ese presentimiento, muchacho?

Jack se masajeó el mentón y dio unos pasos por la estancia. Aplastó el cigarrillo en un cenicero y levantó la mirada hacia el veterano. Ya completamente decidido, explicó:

—De pequeño no tuve demasiados juguetes, Hunter. Recuerdo que en una ocasión me regalaron un cuento y lo leí una y otra vez hasta la saciedad. Trataba de un rey que tenía cuatro hijos y vivía feliz en su reino. En sus mazmorras había un brujo prisionero y después de un largo cautiverio consiguió fugarse. Entonces decidió vengarse del rey donde más pudiera dolerle. ¿Sabes lo que hizo?

Hunter torció la boca en amago de sonrisa.

—Sospecho que me lo vas a contar, Jack.

—Fue embrujando a los hijos del rey uno detrás del otro. Aquel monarca del cuento sufrió mucho viendo impotente cómo el brujo iba hechizando a sus hijos.

El veterano Rand Hunter compuso una mueca.

—¿Estás comparando al rey de tu cuento con Wales?

—Exacto, Hunter —sonrió satisfecho el joven—. Si mi teoría es cierta el asesino odia profundamente al teniente. Y hasta es posible que conozca el afecto que siente por sus hombres, el sufrimiento que le provocará si los va eliminando. Luego, cuando haya matado a unos cuantos de nosotros, se decidirá a terminar con el propio Wales rematando su obra. Por lo tanto tiene que ser alguien al que nuestro jefe causó verdadero daño. Y no me refiero a la brigada en general, sino al teniente Wales personalmente.

—El teniente interviene de una forma u otra en todas las detenciones que llevamos a cabo.

—Pero en otras ha sido él, personalmente, el que detuvo a los delincuentes. —Loos introdujo la mano en el bolsillo y sacó dos fotografías extraídas contraviniendo las reglas del archivo general—. Estos dos hombres fueron detenidos sólo por Jonathan Wales, Hunter.

Tendió ambas fotos a su compañero y agregó:

—Gene Durrell se dedicaba al tráfico de drogas y abandonó la penitenciaría del Estado hace seis meses, tras cumplir diez años de cárcel. Fue detenido por Wales. El otro, Law Benchley, salió hace unos diez meses y desde entonces no se ha vuelto a saber de él. Era compañero vuestro y el teniente descubrió que lo sobornaban en un caso de asesinato. Tú debes recordar a Benchley, ¿eh, Hunter?

El padre de Patsy tenía la mirada fija en mía de las cartulinas y sin apartar la mirada de ella, respondió:

—Law Benchley fue un buen compañero nuestro, Jack. En efecto, se descubrió que estaba siendo sobornado para encubrir a un criminal y eso le costó caro. Ha pasado ocho años entre rejas.

—Además de soportar la humillación de recibir una paliza de Wales delante de todos vosotros. Como puedes ver le sobran motivos para odiarlo, ¿no?

—Nunca se vengaría de esa forma, Jack —sacudió la cabeza Hunter—. Law nos apreciaba a todos.

—Está bien —suspiró el joven—. Si descartamos a Benchley sólo nos queda Gene Durrell. Porque te advierto que he realizado una concienzuda selección en las fichas hasta quedarme con estos dos tipos. Ya te he dicho que me he jugado el pellejo.

—No has debido hacerlo, Jack.

—Durrell tiene más motivos de odio hacia Wales que el propio

Benchley —siguió Loos sin prestarle atención—. Su mujer era alcohólica y murió por falta de asistencia médica mientras él se hallaba en la penitenciaría. Y antes de morir, enloquecida, se llevó por delante al hijo de ambos. El chico sólo contaba cuatro años. ¿Te parecen suficientes motivos para vengarse de Jonathan Wales?

Después de un largo silencio, Hunter devolvió las fotografías al joven y recriminó meditabundo:

—No me gusta el tono de reproche que advierto en tu voz, muchacho. El teniente...

Jack levantó la diestra interrumpiéndolo:

—Te equivocas, Hunter. Para mí, Wales no hizo más que cumplir con su obligación.

—De acuerdo —resolló el veterano—. Admito que tu teoría pueda resultar buena. ¿Por qué no lo han descubierto en la brigada? Disponemos de gente experimentada en estos menesteres.

—Ellos buscan entre los detenidos por todos los miembros de la brigada y yo he centrado mi atención sólo en Wales. De todas formas creo que hubieran llegado a Durrell y Benchley. Lo único que he hecho ha sido adelantarme a ellos. Y quizá remontarme a muchos meses atrás. Si el criminal es inteligente habrá dejado transcurrir un tiempo entre su salida de la penitenciaría y los atentados.

Rand Hunter se masajeó el mentón.

—Tendrías que explicar todo esto a Wales, Jack.

—Ni hablar. Me tiene verdadera fobia y hasta es posible que no me dejara acabar de exponer mi teoría. He venido para... pedirte que seas tú quien me ayude, Hunter.

Su compañero lo miró extrañado.

—Oye, muchacho, si crees que mi herida es fingida...

—No pretendo tu ayuda física, Hunter. Sólo que me indiques la manera de encontrar a Durrell y Benchley.

Hunter emitió un gruñido.

—Sólo eso, ¿eh?

—Tú conoces el oficio mejor que yo, Hunter. Puedes orientarme.

En eso se abrió la puerta de la habitación y Patsy penetró resueltamente en ella. Miró con ligera sorpresa a Loos y exclamó:

—¡Jack! No esperaba encontrarte aquí.

El joven hizo un ademán.

—He venido a charlar un rato con tu padre, Patsy.

—Jack cree tener una buena pista para descubrir al asesino, Patsy —dijo Hunter sin ambages—. Desea que yo colabore con él.

Loos miró sorprendido a Rand Hunter. Luego desvió los ojos a la chica y explicó:

—No se trata de que se levante del lecho y me eche una mano, Patsy. Y tú has hecho mal diciéndolo a tu hija, Hunter. Supuse que quedaría entre nosotros.

El veterano policía sonrió enigmático.

—Entonces no podría ayudarte, Jack.

—¿Qué quieres decir?

—Que precisamente Patsy te puede ayudar más que yo en estos momentos, muchacho.

Loos no pudo evitar un respingo.

—¿Patsy...?

—Ella te conducirá a cierta persona, Jack. Es una verdadera enciclopedia de todo cuanto ocurre en Nueva York. Puede serte de gran ayuda, pero no te serviría de nada si no vas acompañado de mi hija. A ella la conoce y a ti no. ¿Recuerdas al viejo Walt Heilbroner, Patsy?

La muchacha movió la cabeza en sentido afirmativo sin apartar la mirada de Loos.

—Pues lleva a Jack a que lo vea —siguió diciendo Hunter—. Y dile que el teniente Jonathan Wales no debe saber nada de cuanto pueda decir al novato detective.

Luego apoyó la nuca con fuerza en la almohada y suspiró:

—Espero que Wales sea comprensivo conmigo.

CAPÍTULO VII

Walt Heilbroner rondaba los setenta años y había burlado a la justicia en ciento cuatro ocasiones. Bueno, eran exactamente cien, puesto que en cuatro de esas veces tuvo que pasar temporadas de inactividad en la cárcel.

El se llamaba a sí mismo, el Aconcagua del Hampa. Comenzó a los catorce años robando la caja del colegio y después lo hizo todo en su larga existencia, excepto matar, traficar en drogas e intervenir en negocios pornográficos.

De ahí para abajo, falsificó papel moneda, entradas para partidos importantes de béisbol que luego vendió en la reventa, para veladas de boxeo, robó en bares y tiendas durante la noche, desvalijó cajas fuertes, traficó en licores durante los años treinta..., todo delito de menor importancia que se pueda imaginar lo había cometido Walt Heilbroner.

Ahora la edad lo mantenía al margen de toda actividad.

No representaba aparentemente un peligro ni para la sociedad, ni para el mundo del hampa. Pero lo que todos ignoraban era que Heilbroner, gracias a sus extraordinarios contactos, podía obtener las informaciones más difíciles en un corto período de tiempo.

Al detective Rand Hunter le estaba profundamente agradecido. Un par de años atrás, cuando Heilbroner robó en uno de los grandes almacenes de la ciudad para demostrarse inútilmente que seguía en forma, Hunter consiguió persuadir al director del establecimiento para que no presentara la correspondiente denuncia. Después de todo el robo no llegó a consumarse y para el viejo hubiera representado pasar el resto de sus días encerrado en una celda.

Hunter se había compadecido de él.

En agradecimiento, Heilbroner le dijo que acudiera a él siempre que necesitara ayuda, información de cualquier índole. No se ofreció como confidente de la policía ni mucho menos. Sólo Hunter,

y en casos extremos que no perjudicaran a sus múltiples amigos, obtendría información del viejo Walt.

En una sola ocasión fue Rand Hunter a verlo.

Heilbroner recibió a Jack y Patsy sentado en un viejo sillón de su estudio, ubicado en un vetusto edificio del sur de Manhattan. Un día, inopinadamente, se había presentado en casa de Hunter para llevarle un regalo. Allí conoció a Patsy y pudo alabar el buen café que le preparó la muchacha.

Ahora, a pesar de que habían transcurrido unos trece meses, y de que la vista de Heilbroner no era todo lo aguda que debía ser, la reconoció de inmediato.

—¿Cómo se encuentra tu padre, niña? —Fue lo primero que preguntó después de saludarla—. Me he enterado de su grave herida.

—No ha sido tan grave como se creyó en principio, señor Heilbroner —replicó Patsy, tomando asiento en la silla que le indicaba el viejo—. Ya está fuera de peligro.

—Me alegro una enormidad, niña —dijo Heilbroner—. Tu padre es de los pocos policías honrados que existen. Me hubiese gustado visitarlo, pero a mi edad...

—No se preocupe, señor Heilbroner —sonrió Patsy—. Se lo agradecemos igualmente.

El viejo dio una lenta cabezada y a continuación clavó la cansada mirada en Jack. El joven seguía derecho, junto a la chica.

—Supongo que esto no es una visita de cumplido, ¿eh, niña? —dijo a la hija de Hunter—. ¿Vas a presentarme a tu joven y atlético amigo?

—Es Jack W. Loos, señor Heilbroner —se apresuró a decir Patsy—. Pertenece a la brigada de papá y él me ha pedido que lo trajese. Dijo que usted podría ayudarlo viniendo de parte de él.

—Trato de averiguar el paradero de un asesino, señor Heilbroner —habló Loos por vez primera—. Puede ser el presunto asesino de un compañero nuestro y la persona que hirió a Hunter.

El viejo delincuente unió las manos en el regazo y miró un tanto divertido al joven policía.

—Hunter te aprecia de veras, ¿verdad? En otro caso no te hubiera enviado a verme.

Loos carraspeó levemente.

—Me aseguré que usted podría encontrar a estos dos hombres, señor —al tiempo que hablaba extrajo las dos fotografías del bolsillo y las entregó a Heilbroner—. Son conocidos por los nombres de Gene Durrell y Law Benchley. Ignoramos si en la actualidad usan nombres falsos.

Heilbroner apenas miró los dos rostros reflejados en las cartulinas. Ni sus facciones se alteraron en absoluto. Se limitó a guardarlas en el bolsillo de la bata y dijo:

—Podéis venir mañana a esta misma hora. Os diré lo que haya podido averiguar. Transmite mis saludos a tu padre, niña. Y mis ardientes deseos de mejoría.

Era a todas luces una despedida y ambos jóvenes así lo entendieron.

Al día siguiente regresaron al estudio de Walt Heilbroner a la misma hora.

El viejo delincuente los recibió con más frialdad que el día anterior. Sobre todo a Jack. Su voz sonó sin inflexiones cuando le tendió un papel junto con las dos fotografías.

—Gene Durrell continúa utilizando su nombre verdadero —dijo escueto—. Law Benchley ha cambiado el suyo por el de Joey Martin y es lógico que lo haya hecho habiendo sido policía. Ambos residen en Nueva York y en ese papel están escritas las direcciones. Luego miró serio a Patsy y añadió:

—Puedes decirle a tu padre que no me gustan estos encargos, niña. Soy un viejo y deseo morir en paz con mi conciencia.

Jack introdujo el papel doblado y las dos fotografías en un bolsillo y tendió la diestra a Walt Heilbroner.

—Le estoy muy agradecido, señor Heilbroner.

El viejo ignoró la mano tendida del joven y sacudió la blanca cabeza en sentido negativo.

—Yo no puedo decirte lo mismo, muchacho.

Conduciendo su coche particular hacia el puente de Brooklyn, dijo Jack a Patsy:

—¿Te dejo en casa o en la clínica?

—En ninguno de los dos sitios.

—¿Cómo dices?

—¿Qué piensas hacer tú, Jack?

El muchacho ladeó la cabeza mirándola brevemente.

—Faltan más de dos horas para que entre de servicio, Patsy. Dispongo de tiempo para visitar a Durrell.

—Entonces te acompaño.

Loos respingó extrañado.

—¿Te has vuelto loca? Puede ser más peligroso de lo que imaginas. Rand Hunter no me lo perdonaría.

—Mi padre no cuenta ahora, Jack.

—Ni hablar, Patsy —negó rotundo Loos—. Supón que Durrell se pone a disparar sin previo aviso.

Ella se torció en el asiento y contempló su perfil.

—Supón que el teniente Jonathan Wales recibe una llamada telefónica anónima, Jack.

Loos arrugó el ceño y masculló hosco:

—¿Tratas de hacerme chantaje, Patsy?

—Exacto, novato —rió la chica—. Quiero comprobar personalmente que eres tan buen detective como mi padre dice.

Hubo un silencio y al prolongarse lo rompió Jack, diciendo:

—Pensándolo bien lo dejaré para mañana, Patsy. Encontrar e interrogar a Durrell puede llevarme más de dos horas.

—Ahora soy yo la que dice ni hablar.

—Mira, Patsy...

—Escucha tú, Jack W. Loos. Tenemos tiempo sobrado de hallar a Durrell y comprobar la forma en que se porta cuando lo tengamos enfrente. Pero si decides dejarlo para mañana, de acuerdo. Esta misma noche recibirá una llamada el teniente Wales.

Jack apretó furioso los maxilares.

—No me dejas alternativa, ¿eh?

—Me alegro de que lo comprendas, Jack —rió Patsy—. Y deja de preocuparte por Rand Hunter.

Jack guardó un hosco silencio y cuando le fue posible cambió el sentido de marcha de su coche. En su interior maldecía a las mujeres entrometidas como Patsy Hunter.

Quince minutos más tarde detuvo el coche una manzana antes de donde se ubicaba el apartamento de Gene Durrell, según lo escrito en el papel que le entregó Heilbroner.

Girándose a Patsy, sugirió:

—Me esperas en el coche, ¿no?

Pero la chica ya estaba descendiendo y por encima del tejadillo

le dirigió una alegre risita.

—Me extraña un rato, Jack.

El joven echó a andar a grandes zancadas y Patsy se vio obligada a correr para mantenerse a su altura. Llegaron ante la entrada del edificio donde vivía Gene Durrell, si las indicaciones de Heilbroner eran exactas.

Entraron en el ascensor que los llevó a la cuarta planta y Jack se detuvo ante la puerta marcada con el número 408. Hizo un ademán a la chica para que se apartara y cuando obedeció Patsy, pulsó el timbre de llamada.

Los segundos transcurrieron tensos.

Poco después se escucharon pasos en el interior y la hoja de madera se entreabrió tinajas pulgadas.

Jack pudo ver por el hueco a una morena de exuberantes formas. Por la bata casi abierta se divisaba el ochenta por ciento de sus senos. Miró al joven e inquirió áspera:

—¿Qué desea, amigo? Le advierto que no pienso comprar nada. Sólo dedico a compras un día al mes.

—Quiero ver a Gene Durrell, morena.

—Mi nombre es Glenda Rodney.

—De acuerdo, Glenda. ¿Está Gene?

—¿Es usted amigo de Gene? —preguntó la mujer sin acabar de abrir la puerta—. ¿Quién es ésa que lo acompaña?

—Vamos, Glenda —reprochó suave Loos—. No hagas tantas preguntas, mujer. Soy amigo íntimo de Gene.

En eso se abrió violentamente la hoja de madera.

Detrás de ella apareció un tipo empuñando firmemente una automática y enseñó la dentadura amarillenta a Jack.

—Demuestra que eres mi amigo, chico —dijo malévolamente—. Pero antes deseo que entréis en mi apartamento. Hablaremos con mayor libertad, viejo camarada.

CAPÍTULO VIII

Gene Durrell empujó suavemente a Patsy y Jack en dirección al salón de la vivienda, en tanto la morena Glenda Rodney se encargaba de cerrar la puerta de entrada.

—Ahora vas a explicarme eso de que somos íntimos amigos, tú —dijo en tono burlón Durrell, situándose frente a los dos jóvenes—. Pero hazlo despacio para que no se me escape detalle, ¿estamos?

Loos compuso una mueca de fastidio.

—Guarda la pistola y no seas imbécil, Durrell. Dudo mucho que tengas licencia.

El expresidiario ladeó la cabeza cerrando un ojo.

—No me digas que sois de la bofia, chico.

—Mi nombre es Jack W. Loos y soy detective de la brigada de Brooklyn Heights, Durrell —dijo tranquilamente el joven—. He venido a formularte unas preguntas.

Mientras hablaba, Loos llevó la mano al bolsillo interior de la americana con idea de mostrar su credencial a Durrell. Pero se detuvo al ver que éste levantaba unas pulgadas el cañón y chasqueaba la lengua denegando:

—Yo de ti no lo intentaría, chico.

—Me estás haciendo perder la paciencia, Durrell.

—Tranquilo, hombre, tranquilo —sonrió exultante Durrell—. Glenda, aproxímate por detrás al chico y saca su cartera del bolsillo. Comprobaremos sí dice la verdad.

Patsy apretó los labios, furiosa.

—Mi padre es el detective Rand Hunter, Durrell.

—Y el mío Napoleón Bonaparte, guapa —rió el tipo—. Anda, Glenda, sana la placa, pero ándate con cuidado.

La morena se acercó a Loos por la espalda y con mano diestra extrajo de su bolsillo la cartera y la credencial de policía. Se retiró unos pasos, y después de echarle un vistazo, informo a su amigo:

—Ha dicho la verdad, Gene. Aquí dice que es el detective Jack W. Loos de la policía.

Durrell hizo una mueca.

—Déjame ver eso.

Glenda fue a su lado y le entregó la placa. Durrell le echó un rápido atisbo y en sus facciones se plasmó una infinita pena. Devolvió la cartera y la placa al joven, bajando la pistola.

Mientras Loos guardaba ambas cosas, se quejó Durrell:

—No son formas de presentarse en la vivienda de un pacífico ciudadano, caray.

Loos le dirigió una irónica ojeada.

—¿Cómo me he presentado, Gene? ¿Y dónde está el buen ciudadano?

—Oiga, policía —se recuperó Durrell de la sorpresa—. No he violado la ley desde que abandoné la penitenciaría. No tiene derecho a presentarse en mi casa...

—Muéstreme la licencia de armas, Durrell.

—No tengo por qué hacerlo, Loos. Usted mismo ha dicho que pertenece a Brooklyn Heights. Por lo tanto, se encuentra fuera de su jurisdicción y no puede obligarme a nada.

—Eres un idiota, Durrell. Me bastará con hacer una llamada a los compañeros de este distrito y vendrán encantados a llevarte esposado. No creo que seas persona grata por aquí.

Gene Durrell emitió un prolongado suspiro y dejando la automática sobre una mesa, se giró a los jóvenes lentamente.

—Está bien, detective. ¿Qué es lo que desea saber? Le advierto que no me he metido en problemas últimamente. Estoy limpio de culpas como un bebé recién nacido.

Loos rió acremente señalando a la morena Glenda que permanecía silenciosa a un lado.

—Veo que te has consolado pronto, Gene. Tu pobre mujer y tu hijo muertos...

El expresidiario apretó los maxilares.

—¡No tiene derecho a...!

El joven detective lo cogió del brazo y clavándole los dedos, lo zarandeó, diciendo quedo:

—Tómalo con calma, Gene, hombre. Nadie ha pretendido insultar a tus familiares muertos.

El otro dejó escapar un resoplido, y ya más calmado, acabó encogiendo los hombros.

—Somos seres humanos, Loos —musitó, inclinada la cabeza—. Glenda es una buena amiga y... bueno, la verdad...

—Es que se ha prestado voluntaria para consolar tus penas, ¿eh? La morena lo fulminó con la mirada.

—¿Quién diablos se ha creído que es, polizonte?

Gene Durrell le dirigió un brusco ademán.

—Tú a callar, nena.

Loos intervino, diciendo:

—Me tienen sin cuidado vuestros problemas, Gene. Lo que he venido a buscar es otra cosa.

—¿El qué?

—Quiero saber por dónde andabas hace siete noches. Exactamente la noche del jueves al viernes.

Gene Durrell frunció el ceño, extrañado.

—¿De qué pretende acusarme, Loos? Ya le he dicho que no cometí delito alguno desde que abandoné la penitenciaría.

—Todavía no te acuso de nada, Gene. Contesta a mi pregunta.

Durrell se mesó los cabellos con la diestra y dio unos pasos por la estancia en actitud meditativa.

—No acabo de recordarlo demasiado bien, Loos —murmuró, vacilante—. Aguarde a que lo piense.

—No tenemos prisa. Gene. Pero procura no salirme con un cuento chino porque voy a comprobar tu coartada.

Durrell soltó un respingo.

—Eh, oiga, ¿es que acaso soy sospechoso de un delito?

Loos movió la cabeza, asintiendo.

—Tienes el número uno, Gene.

—¿Se ha vuelto loco? —exclamo el tipo, perplejo—. Ya le he dicho que estoy limpio. Y es la pura verdad, Loos.

—Recuerdo todo lo que me has dicho, Gene —dijo Jack, despacio—. Pero todavía no oí lo que quiero.

La morena y exuberante Glenda se adelantó un paso.

—La noche del jueves al viernes fue cuando te sacaron los cuarenta pavos, Gene.

Durrell se dio un teatral golpe en la frente.

—¿Cómo puedo ser tan burro, conchos? —Miró sonriente a

Jack, y aseguró enfático—: Esa noche estuve jugando al póquer con unos amigos, Loos. Desde las seis de la tarde hasta las nueve de la mañana del viernes. No sé cómo he podido olvidarlo. Los muy desgraciados me desplumaron.

Jack lo miró frío.

—Nombres, Gene.

Durrell golpeó el tablero de la mesa con la mano plana.

—Estuvimos jugando precisamente en esta misma mesa, Loos.

—Te he pedido nombres, Gene.

Patsy extrajo del bolso un pequeño bloc de notas y un bolígrafo. Hizo una señal a Jack, dándole a entender que ella se encargaría de ir anotando los nombres.

Gene Durrell comenzó a decir:

—Estaban... Dean Kane, Upton Wallis..., Tom Jackson...

Se detuvo pensativo y tuvo que ayudarle su amiguita Glenda.

—También se encontraban aquí Roy Hillman y Danny Penn, querido.

Durrell le dirigió una malévola mirada.

—¿No puedes tener la boca cerrada, encanto? Yo me hubiera acordado de ellos sin tu ayuda.

—Pero así hemos ido más rápido, Gene —dijo Jack, cogiendo la automática de Durrell de encima de la mesa y guardándola en un bolsillo—. Ahora os vais a vestir los dos y vendréis con nosotros.

El traficante de drogas boqueó atónito.

—¿Qué está diciendo, Loos? Ya le dije que usted no tiene jurisdicción en este distrito. Además, no trae consigo una orden de detención contra nosotros.

—¿Quién dice que vengáis detenidos, Gene? —fingió extrañarse el joven—. Sólo pretendo comprobar tu coartada sin que puedas avisar a tus amigos, hombre.

Patsy miró a su amigo sin comprender el fin que perseguía. En los cálculos de ellos no entraba llevarse detenido a Gene Durrell. Sin embargo, no mostró extrañeza alguna y lo dejó hacer sin hablar.

Durrell apretó las mandíbulas y abrió las piernas en compás.

—No pienso acompañarlo, Loos.

—¿De veras? Necesitas tiempo para avisar a tus amigos y que te sirvan de tapadera, ¿no?

—Le dije la pura verdad, Loos.

—Entonces no tienes nada que temer. Nos facilitarás las direcciones de esos chicos y yo me encargaré de hacerles una visita rutinaria. Luego quedarás libre.

Gene Durrell sacudió la cabeza en terca negativa.

—No voy, Loos.

—No seas pamplina, Gene. Vas a complicarte la existencia y eso te hará parecer más sospechoso.

El expresidiario apretó los dientes y embistió de repente pillando desprevenido al joven detective.

Loos quiso eludirlo y saltó de costado consiguiéndolo a medias. El cabezazo de Durrell en su hombro le hizo daño y estuvo a punto de derribarlo por el suelo.

Logró rehacerse ágilmente dada su vitalidad y bloqueó con la zurda un alevoso rechazazo del hampón. Sin darle tiempo a intentar un nuevo ataque, le atenazó el brazo derecho y se lo retorció a la espalda.

La mejilla izquierda de Durrell quedó apoyada en la superficie de la mesa, arqueado su cuerpo hacia adelante. De sus labios se escapó un grito de dolor.

Glenda Rodney asistía a la escena sin mostrar la menor agresividad.

En eso se abrió la puerta de la vivienda y el teniente Jonathan Wales avanzó por el pasillo hasta el salón.

Se quedó contemplando con mueca divertida la escena e inquirió en su habitual tono sardónico:

—¿Puedes decirme lo que ocurre aquí antes de fracturarle el brazo al bueno de Gene, novato?

CAPÍTULO IX

Jack W. Loos soltó a Gene y silbó entre dientes.

Detrás de Wales penetraron en la vivienda el sargento Duke Mifflin y Hugh Mitchell.

Wales apuntó con el índice al novato.

—Será mejor que tengas una buena razón para explicar esto, chico. —A continuación desvió la mirada a Patsy—. Tu padre está muy preocupado por ti, muchacha. ¿En qué lío te ha metido Loos?

Patsy Hunter levantó la barbilla, mirando desafiante al teniente.

—Lo obligué a que me dejara venir, teniente. Jack se oponía rotundamente.

Wales rió burlón.

—¿Sí?

—Y me desagrada que mi padre haya hablado más de la cuenta —siguió con cierta calor Patsy—. Lo menos que pudo hacer...

—Lo menos que puede hacer un padre es preocuparse por su hija, Patsy —la cortó Wales, duro—. Es lógico que se oponga a que andes metida en problemas con gente como Gene Durrell e irresponsables como Loos.

Jack miró a su jefe fulgurantes las pupilas.

—Ella no ha corrido peligro a mi lado, señor.

Jonathan Wales caminó un par de pasos hasta llegar junto al joven, y entonces le palmeó suave el cogote, mientras soltaba una risita, diciendo:

—Eres un iluso, novato. Gene ha podido acabar contigo en un abrir y cerrar de ojos. Es un bicho malo y a ti te falta experiencia.

El hampón se disponía a protestar, pero lo silenció el sargento Mifflin de un codazo. Con las facciones lívidas, visiblemente alteradas, inquirió mordaz Loos:

—¿Qué ha conseguido averiguar respecto al asesinato del detective Novak con su experimentada brigada, teniente?

La palabra «experimentada» la remarcó intencionadamente.

Wales acusó el golpe y endureció el rostro.

—¿Tengo que darte cuenta, guapín?

Durrell soltó una risita y de nuevo tuvo que silenciarlo Mifflin de otro codazo.

Jack soportó sin pestañear la dura mirada del teniente.

—No tiene que darme cuenta de nada, señor —respondió, sereno—. Y aunque tuviera que hacerlo no podría. Se encuentra en el mismo punto de partida que al principio.

Esta vez, Wales empalideció de rabia contenida. Con los maxilares fuertemente apretados, sus ojos despidieron chispas clavados en Jack. Mifflin y Mitchell temieron por la integridad física del novato recién incorporado a la brigada.

Finalmente dejó escapar aire con fuerza Jonathan Wales y logró dominar su furor. Con voz aparentemente sosegada, dijo:

—Hablaremos de eso más tarde, novato. Ahora quiero una explicación de lo que estáis haciendo aquí Patsy y tú. Y deseo que sea totalmente coherente, ¿me explico?

Jack dio una lenta cabezada.

—Sí, señor.

—Pues empieza a hablar.

El joven ladeó la cabeza mirando brevemente a Gene Durrell.

—¿Podría ser a solas, teniente?

Jonathan Wales sopesó unos instantes la petición del más nuevo miembro de su plantilla. Antes de que pudiera responder, agregó con énfasis Jack:

—Es de vital importancia, señor, se lo aseguro...

El teniente hizo una señal al sargento Duke Mifflin y entre éste y el detective Mitchell se llevaron a Gene y Glenda a una habitación interior de la vivienda. Cuando hubieron cerrado la puerta, comentó Wales:

—¿Está bien así, Loos? Espero que no te importará que se encuentre presente Patsy. Al grado de amistad que habéis llegado...

Jack W. Loos no hizo caso a la clara alusión de su jefe, ni a la entonación siempre sarcástica de sus palabras.

Con toda naturalidad, fue diciendo:

—Tengo fundadas sospechas de que Gene Durrell es la persona que asesinó a Edward Novak e hirió hace unas noches a Hunter,

señor. El asegura que la noche que dispararon contra el padre de Patsy frente al Pretty, se encontraba aquí jugando al póker con unos amigos. Tengo los nombres de esos individuos y se podría comprobar la veracidad de las explicaciones de Durrell, teniente.

—¿Qué tienes que decir a todo eso, Chester?

El capitán Chester Flagg paseó por su despacho sin responder a la pregunta del teniente Wales por el momento. Luego clavó los ojos en el sentado detective Jack W. Loos y lo miró brevemente, antes de desviar la mirada a Wales.

—Su teoría es buena, Jonathan —dijo, pausado—. No tenemos ninguna pista a mano y podemos escarbar en lo que dice Loos.

El teniente dio una cabezada y soltó un gruñido.

—Eso es exactamente lo que estamos haciendo, Chester. Sólo que podemos tener problemas si Durrell está limpio como él asegura.

—Siempre nos queda el recurso de acusarlo de tenencia ilícita de armas, señor —apuntó Loos—. Durrell no está en condiciones de presentar una queja oficial.

—El muchacho tiene razón, Jonathan.

—¡Tiene razón, tiene razón! —exclamó furioso el teniente Wales, levantando los brazos—. ¿Y qué vas a decirme de la forma de proceder de Loos? Extraer fichas y encima retirar fotografías de nuestro archivo constituye una falta grave.

—Vamos, Jonathan —sonrió benévolo el capitán Flagg—. Todos nosotros hemos deseado resolver un caso por nuestros propios medios en alguna ocasión.

—¡Pero no al día siguiente de entrar en la policía, Chester! ¿Quién demonios se ha creído que es este novato?

Jack carraspeó levemente, interfiriendo:

—No me atreví a comunicarle mi intuición, a pesar de que Hunter me lo aconsejó, señor. Debe reconocer que el recibimiento que recibí de su parte...

Wales volvió a mostrarse desagradable, una vez más.

—¿Querías una banda de música, nene?

—Me conformaba con un recibimiento normal, teniente Wales. Nunca imaginé encontrarme con un jefe resentido conmigo desde el primer instante por algo que ignoro.

—Venga, Loos, a todo novato hay que leerle la cartilla desde el

principio, ¿me entiendes? Es mi sistema y no voy a cambiarlo ahora porque tú seas un sujeto susceptible.

El capitán Flagg iba a intervenir diciendo a Wales que en su opinión se había pasado con el muchacho por la forma dura y desagradable en que lo recibió. Pero lo pensó mejor y guardó silencio. Moralmente no podía desaprobare los métodos del teniente en presencia de uno de sus hombres. Sin embargo, le caía bien Jack W. Loos.

En aquel momento sonaron unos golpecitos en la puerta y ésta se abrió, dejando paso al sargento Duke Mifflin.

—Al parecer. Gene Durrell ha dicho la verdad, teniente —dijo, dirigiéndose a Wales—. Las declaraciones de sus amigos coinciden hasta en los más insignificantes detalles.

Wales miró triunfal a Flagg y Loos.

—¿Lo estáis viendo? Resulta que nuestro genio ha cometido una pifia como una casa.

El capitán Flagg se dirigió a Mifflin:

—¿Está completamente seguro, sargento?

—Sí, señor —asintió Mifflin—. Esos hombres han sido interrogados por separado y no parecen haber indicios de que hayan podido comunicarse antes de ser traídos aquí. Se mostraron hartamente sorprendidos al ser requeridos.

—Está bien, Mifflin —suspiró Wales, haciéndose el mártir—. Puedes soltar a Gene y a su amiguita. Pero antes advierte a ese pájaro que si se le ocurre presentar una denuncia nos tendrá que explicar lo de tener una pistola en su poder sin licencia, ¿entiendes?

—Sí, teniente.

Ya se retiraba Duke Mifflin, cuando llamó Jack.

—¡Un momento, sargento, por favor!

Wales le dirigió una mirada llena de intención.

—¿Qué tripa se te ha roto ahora, novato?

—Hay algo que me tiene intrigado, señor —replicó con naturalidad el joven—. Gene Durrell se resistió a venir conmigo. Si realmente no tiene nada que temer, ¿por qué no deseaba venir?

—Vamos, hombre —se mofó Wales—. Ahora resulta que vas a resultarnos un auténtico fenómeno de la investigación. Cualquier detallito sin importancia te servirá de hilo para desmadejar el ovillo.

El capitán Flagg tuvo que intervenir, a pesar suyo.

—¿Sigue incomunicado entre sí el grupo de hampones, sargento?

Mifflin movió la cabeza, afirmando:

—Sí, señor.

Entonces se giró Flagg a Wales.

—Ya que los tenemos aquí, no cuesta mucho apretarles un poco las clavijas, Jonathan. ¿Por qué no dejas que Mifflin lo haga? No podemos perder gran cosa.

El teniente dejó escapar un gruñido.

—Está bien, Duke, intenta sacar a esa gentuza todo lo que sepan. Aunque te confieso que ignoro lo que buscamos. A lo mejor nos lo aclara el fenómeno.

Loos prefirió guardar silencio.

Flagg, Wales y el joven detective siguieron reunidos dándole vueltas a la teoría expuesta por Jack. Wales no daba su brazo a torcer y mostraba su absoluta disconformidad.

Diez minutos más tarde penetró el sargento Mifflin de nuevo en el despacho. Su expresión era distinta ahora.

—El detective Loos estaba en lo cierto, teniente —dijo, dirigiéndose a Wales—. Esa gente tiene montado un tinglado de apuestas clandestinas. Gene Durrell ha confesado que se resistió a acompañar a Loos por temor a que lo viesan sus amigos con la policía.

Jonathan Wales se quedó de muestra unos segundos. Se mordió los labios sin encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, y ante la risita suave del capitán Flagg, ladró al sargento Mifflin:

—¡Empapélalos, Duke! ¿A qué diablos estás esperando?

Después se giró lentamente a Loos y lo miró con una mueca entre sardónica y exultante.

—Tendremos que ascenderte en seguida, novato —dijo, fríamente—. Al parecer, tienes cerebro debajo de la pelambrera.

Jack forzó una sonrisa.

—Me conformo con ser un detective más, teniente.

—¡Qué va, novato! —exageró la nota Wales—. Tienes que decirme tu nombre completo para grabarlo en una placa.

Jack clavó en su jefe una mirada inexpresiva. Se había puesto súbitamente serio, y con grave entonación, inquirió:

—¿De verdad quiere saber mi nombre completo, teniente?

—Naturalmente, chico.

Jack dejó transcurrir unos segundos, y después dijo como si masticara cada palabra antes de pronunciarla:

—Me llamo Jack Wales Looseman, señor. Y soy hijo natural de Anne Looseman. ¿Le dice algo el nombre de Anne Looseman, teniente?

Jonathan Wales se había quedado mudo de asombro, como petrificado por lo escuchado de labios del novato detective. En aquel momento no hubiera echado ni una gota de sangre, aunque le cortaran un brazo. Miró largamente al joven con expresión incrédula.

—Se ha puesto lívido, teniente —comentó ahora Jack, con sorna—. ¿Y quiere saber por qué oculto el apellido Wales tras una W? Sencillamente porque me ha producido náuseas desde que tuve uso de razón.

CAPÍTULO X

Habían transcurrido casi dos minutos de pesado silencio desde las últimas palabras pronunciadas con una buena dosis de desprecio por Jack. El teniente Jonathan Wales se hallaba rígido, erguido, y con el rostro inexpresivo, después del primer instante de sorpresa.

El capitán Flagg tosió discretamente.

—Puedo dejaros a solas si lo deseas, Jonathan.

Wales levantó un brazo conteniéndolo con un ademán, y contestó bruscamente:

—No es una cuestión familiar lo que vamos a discutir aquí, Chester. Ha pasado demasiado tiempo para que de pronto me sienta tiernamente paternal.

A continuación se volvió despacio hacia el joven y lo miró fijamente a los ojos.

—En cuanto a ti, creo que has jugado con ventaja, novato. Supongo que ahora no esperarás un tratamiento especial, ¿eh? El tiempo que permanezcas a mis órdenes serás un detective más. Todo continúa exactamente igual que antes de tu... inesperada confesión. ¿Queda eso lo suficiente claro?

Jack le sostuvo desafiante la dura mirada.

—En ningún momento he buscado privilegios, señor. Supuse que dada su sagacidad se había percatado de ello —replicó, sereno—. Y deseo agregar algo más, si me lo permite, teniente.

Wales dio una hosca cabezada.

—Adelante.

—No pude negarme cuando me destinaron a la brigada de homicidios de Brooklyn Heights, señor. Pero quiero dejar constancia de que jamás hubiera venido voluntario.

—De acuerdo, novato —asintió despacio Wales—. Entonces todo queda en claro cara al futuro.

—Eso espero, teniente.

Jonathan Wales dio la espalda a su hijo y se airó al capitán.

—¿Piensas autorizar que sigamos adelante con la teoría del detective Jack W. Loos, Chester? Me refiero a si vamos a investigar en torno a Law Benchley.

—¿Qué opinas tú, Jonathan?

—Prefiero reservar mi opinión particular, Chester.

El capitán Flagg guardó silencio unos instantes y después acabó moviendo la cabeza en sentido afirmativo.

—Me inclino a indagar sobre Law Benchley, Jonathan. Después de todo, insisto una vez más que no tenemos entre manos nada mejor. Y no me gustaría que otro de nuestros hombres cayera bajo los disparos de ese criminal.

—Perfectamente, Chester —dijo seco Wales—. Estudiaré la manera de hacerlo en la forma adecuada.

Jack se atrevió a sugerir:

—Yo propongo un plan de acción.

El teniente Wales se giró como una centella y lo fulminó con la mirada.

—¡Tú no propones nada, detective Loos! —rugió, áspero—. Aquí doy yo las órdenes y un novato recién salido de la Academia no tiene que enseñarme mi oficio. ¿Entiendes de una cochina vez, neófito?

Jack empalideció visiblemente.

—Señor, sólo pretendía...

—No tienes que pretender nada, Loos —volvió a cortarlo seco Wales—. Tocante a Gene Durrell, llevaste la investigación de una forma absurda. De haber sido Durrell el asesino que estamos buscando, a estas horas te encontrarías en el depósito. Y contigo, Patsy Hunter. ¿Acaso crees inteligente presentarte en el domicilio de un presunto culpable tratando de sacarle la verdad interrogándolo? No seas necio, Loos, a un criminal, a un delincuente, hay que cazarlo de otra forma. Y yo he tenido muchos años de experiencia para aprender la manera de hacerlo.

Jack afirmó, moviendo la cabeza:

—No lo dudo, señor.

—En ese caso, déjame hacer a mí, sabihondo. Por una vez guarda tu extraordinario instinto de sabueso.

El capitán Chester Flagg torció el gesto.

—No hay necesidad de ser tan duro con el muchacho, Jonathan. Ha demostrado que vale.

—Eso es lo malo, Chester —gruñó Wales—. Lo siento, pero no me gusta que un novato venga a enseñarnos el oficio. Me revuelven las tripas los sabihondos.

Flagg asintió lentamente:

—Ten calma, Jonathan.

Erguido, con fría entonación, inquirió Jack:

—¿Puedo formular una petición, teniente?

Wales dio un brusco manotazo al aire.

—Suéltala, Loos.

—Quisiera que contara conmigo cuando decida atrapar a Benchley, señor. Se lo agradecería.

Jonathan Wales dejó escapar una suave risita.

—De eso no te preocupes, novato.

Minutos después abandonaba Jack el despacho dejando solos a sus superiores. El capitán Flagg carraspeó y tras una breve vacilación, señaló la puerta por la que acababa de salir el joven.

—¿Puede ser ese chico tu hijo, Jonathan?

Wales tardó unos instantes en cabecear.

—Creo... que sí.

—Pues en ese caso debes ir aceptando la idea, Jonathan. Supongo que tenemos la suficiente amistad para poder hablar sin tapujos, ¿no? No me lo cuentes si no quieres, pero vete haciendo a la idea de que el muchacho lleva tu sangre.

Como rememorando el pasado para sí mismo, con la mirada perdida en un punto indefinido más allá de la ventana, fue diciendo el teniente:

—Han transcurrido veinticinco años, Chester. Cometí el error de sospechar adulterio en mi esposa. Luego descubrí mi equivocación, pero ya era tarde. Anne me echó de la casa y me pidió que no volviera a verla jamás. Ya conoces mi forma de ser —sonrió sarcástico y agregó—: Duro como una roca y lleno de orgullo. En Varias ocasiones pensé en ir a pedirle perdón de nuevo, porque creí... que seguía amándola. Y es posible que sea así: Me faltó valor para hacerlo, o... quizá no fui lo suficiente hombre.

—¿Fue Wales muy duro contigo, Jack?

—Estoy habituado a la dureza del teniente, Hunter.

—El teniente Jonathan Wales es un grosero, papá —terció Patsy, acalorada—. No hay derecho a que trate a Jack como lo hace.

Rand pidió a Loos:

—Tienes que perdonarme el haberle avisado, Jack. La verdad es que temí por Patsy.

Loos dio unos pasos por la habitación y echó una fugaz mirada a la muchacha.

—Fui un estúpido accediendo a llevarla conmigo, Hunter. Lo hice porque me amenazó con decírselo todo a Wales. Ahora pienso que no me hubiera perdonado nunca de haberle ocurrido algo.

Rand Hunter sonrió apoyada la cabeza en la almohada.

—Conque te hizo chantaje, ¿eh?

Antes de que respondiera el joven, se le adelantó Patsy:

—En efecto, papá, le hice chantaje.

—Las mujeres sois verdaderos diablos, hija.

—Pues a ti no te va tan mal conmigo —protestó la chica—. Si alguna vez me caso y te quedas solo...

Mientras hablaba desvió la mirada a Jack sin darse cuenta, de forma maquinal. Cuando se percató de ello, su rostro se ruborizó hasta la raíz de los cabellos.

Hunter rompió a reír y Jack lo imitó un tanto nervioso. Patsy dio una furiosa patadita al suelo y abandonó momentáneamente la habitación, dejándolos a solas.

Entonces dijo Hunter:

—No me desagradaría un yerno que se parezca a ti, Jack, de veras. Y Patsy se tendrá que casar un día u otro.

El joven entornó los párpados mirando fijo a su compañero.

—¿Cómo debo tomar tus palabras, Hunter?

El veterano detective levantó los hombros.

—Como un estímulo, como un cumplido... Creo que ya eres lo suficiente mayorcito para que no tenga que darte la comida masticada, Jack —acabó refunfuñando Hunter—. Sólo puedo decirte que Patsy es una chica de las que no abundan.

—¡Eh, Hunter! Esto me suena a proposición —rió Loos—. No necesito empujones cuando deseo hacer algo. Lo que hace falta saber es la opinión de tu hija al respecto.

—Si no lo has leído en sus ojos, debes visitar al oculista, Jack.

Jack enarcó las cejas.

—¿Tú crees, Hunter?

—Mira, muchacho, conozco muy bien a mi hija para equivocarme. Puedo leer en su frente como en la página de un libro.

Loos se pasó la mano por los cabellos.

—Apenas si me conoce.

—¿Y eso qué tiene que ver? —resopló el veterano—. Sólo tienes que hacer la prueba.

—Eh, Hunter, me estás empujando.

Rand cabeceó riendo, y en aquel momento reapareció Patsy en la puerta de la habitación. Miró alternativamente a ambos y a continuación compuso un mohín.

—¿De qué estáis riendo?

Jack carraspeó, aclarándose la garganta.

—Le estaba diciendo a tu padre que para ganar una carrera hace falta un buen entendimiento entre jinete y montura.

Ella siguió seria.

—¿Y eso tiene gracia?

—Tu padre se ha emperrado en ser abuelo, Patsy —siguió explicando el joven—. Yo le he dicho que solo no puedo conseguirlo. Necesito colaboración ¿sabes?

La chica ladeó la cabeza y entornó los párpados mirando fijamente al policía novato.

—¿Adónde quieres ir a parar, Jack W. Loos?

—Bueno...

—Está bien claro, diablos —estalló Rand Hunter, sin poderse contener por más tiempo—. Jack se te ha declarado, Patsy.

—Que lo diga él, papá. Y también deseo que me aclare si voy a ser jinete o montura.

—Quise poner un símil, Patsy —dijo titubeante Jack al ver la seriedad de ella—. Por descontado que aquí el animal soy yo. No quiero que te enfades conmigo.

—Vamos, hija —intervino de nuevo Rand—. El muchacho acaba de decirme que nos quiere como familia.

Patsy apretó los labios.

—Pues que se case contigo, papá.

Y dando media vuelta salió Patsy de la habitación a paso de carga. Jack se giró y dijo reprobativo a su compañero:

—Conque puedes leer en la frente de tu hija como en la página

de un libro. Será una página en blanco, ¿eh?

Rand movió la cabeza, riendo.

—¿Qué sabes tú de mujeres, Jack? Patsy acaba de darte la mejor prueba de que te quiere.

—No me digas.

—Te lo aseguro.

—Pues lo ha disimulado como los propios ángeles, Hunter.

—¿Qué te imaginabas? Patsy no es de esas muchachas que se echan en los brazos de un hombre a las primeras de cambio.

Jack se disponía a contestar, pero en aquel instante empezó a sonar el teléfono sobre la mesita junto a la cama. Hunter hizo una mueca de fastidio.

—Cógelo tú, muchacho.

Jack se llegó junto a la mesita y descolgó el auricular.

—Diga.

Al otro lado del cable escuchó nítida la voz sardónica del teniente Wales:

—Me alegro de encontrarte ahí, Loos.

—¿Desea hablar conmigo, teniente?

Jack pudo escuchar una suave risita a través del micro.

—Desde luego, novato, desde luego. Va a comenzar la operación Benchley y te he reservado un lugar en primera fila como te había prometido. Ven pitando, ¿estamos?

CAPÍTULO XI

—No te has presentado voluntario para esto, ¿verdad, Loos?

En la penumbra del interior del vehículo estacionado, movió la cabeza en negativa el detective novato.

—Fui elegido a dedo, sargento Mifflin.

Duke Mifflin levantó los hombros.

—De todas formas, alguien tenía que hacerlo, muchacho. Wales desea atrapar a Benchley con las manos en la masa. Eso en el caso de que se trate de él.

—Y siempre es preferible que muera un novato que un veterano, ¿verdad? —comentó sarcástico Jack—. Se pierde menos.

—Yo soy veterano y estoy aquí, Loos —recordó Mifflin—. Quise venir voluntario.

Jack giró la cabeza hacia él.

—Perdona, sargento. Mi sarcasmo iba dirigido al teniente.

Duke Mifflin dio una grave cabezada.

—Creo que te comprendo, Loos. —Hizo una breve pausa y agregó—: No te preocupes demasiado. Todo irá bien.

—Eso espero, sargento.

—Mantienen bajo estrecha vigilancia a Law Benchley. No puede dar un paso sin que lo sepa Wales. A partirle ahora, todo el personal de la brigada se mantendrá alerta. Cuando un ciudadano reclame a la policía y el bueno de Law se dirija, o esté ya en ese lugar, habrá llegado la hora de echarle el guante. Claro que pueden pasar tres o cuatro noches hasta que eso ocurra.

Los dientes de Jack brillaron en la penumbra.

—Reconozco que el plan es bueno. Sólo tiene una pega.

—¿Cuál?

—Que cuando suene la falsa alarma deberemos ir nosotros como cebo.

Mifflin asintió, dando una cabezada.

—Exacto, Loos. Y nuestros compañeros atraparán al criminal.

Jack dejó escapar un suspiro.

—Espero que lo hagan a tiempo, sargento. La verdad es que no me gusta nada hacer de señuelo.

—No ocurrirá nada, Loos —aseguró el sargento Mifflin, tocándose el pecho con las manos—. Estos chalecos antibalas son de una efectividad comprobada.

Jack W. Loos volvió a reír bajito.

—¿Y si a Benchley se le ocurre disparar a la cabeza?

—Entonces nos queda otra alternativa, Loos.

—¿Sí?

—Rezar para que falle.

El joven se giró mirando al sargento Mifflin y pudo observar que tenía el semblante inexpresivo.

Era la tercera noche que Mifflin y Jack se disponían a pasar en el interior del coche. Tan pronto se hubieron acomodado, apoyó el sargento la nuca en el respaldo y dijo:

—Voy a dormir un rato, Loos.

—De acuerdo, sargento.

Mifflin señaló el micro, en el soporte de la emisora.

—Bastará con un ligero codazo si eso se pone a sonar. Tengo el sueño ligero.

—Está bien.

—Y deja ya de preocuparte, hombre. Me parece que tu teoría fallará a fin de cuentas.

Jack no respondió.

Segundos después escuchaba el rítmico respirar de su compañero. Mifflin dormía apaciblemente.

La mente de Jack se llenó de la figura de Patsy.

No había vuelto a verla desde que abandonó la habitación de la clínica furiosa contra él y su padre. Cada vez que lo recordaba imprecaba entre dientes por haber permitido que Rand lo manejara. Con su filosofía barata lo estropeó todo.

Patsy procuraba eludirlo y jamás abandonaba el dormitorio que le asignaron en casa de los Looseman cuando Jack se encontraba en casa. Hasta su propia madre daba la impresión de estar aliada con la hija de Hunter. Y aquello desagradaba al joven.

Pensando en su madre recordó que había preferido no decirle

que... Wales conocía la verdad sobre ellos. Anne Looseman sabía que por una de esas raras coincidencias de la vida, su hijo se encontraba bajo las órdenes directas de Jonathan.

Y pidió a Jack que no le dijera la verdad.

Pero el muchacho no se pudo contener y quiso hacer daño a su padre, debido al injusto trato que le aplicaba.

De nuevo volvió a pensar Jack en Patsy. Negarse a sí mismo que estaba enamorado de ella resultaba absurdo. Porque la verdad era que la chica se le había metido en las venas y todo el tiempo que llevaba viva fue un suplicio.

Si la caza de Benchley salía mal y le llegaba la muerte sin poder hablar de nuevo con Patsy...

Aquel pensamiento llegó a convertirse en una dolorosa obsesión que lo torturó largo rato.

A su lado, el sargento Mifflin continuaba durmiendo con increíble normalidad. ¿Cómo podía un hombre mostrarse tan tranquilo cuando su vida estaba pendiente de un hilo?

Quizá en eso se diferenciaba un veterano de un novato.

Jack clavó la mirada en la emisora y deseó ardientemente que se pusiera a funcionar. Al menos acabaría la incertidumbre.

Con ojos brillantes, Law Benchley introdujo cuidadosamente el rifle en el interior de una alargada funda de violín. Sus blancas manos manipularon el cierre y en sus delgados labios hubo una mueca de infinito odio, de crueldad inusitada.

—Vas a sufrir otro poco, maldito Wales —susurró sibilante—. Daría parte de mi vida por verte la cara.

Benchley era un hombre de unos cuarenta y tres años, de rasgos afilados y ojos hundidos en las cuencas. De regular estatura, atlético y firme en todos sus movimientos. Durante el tiempo que permaneció en la penitenciaría dedicó muchas horas a conservarse físicamente.

Por eso poseía andar felino y una extraordinaria agilidad.

En ningún instante descuidó su preparación, porque sabía que le haría falta al salir. En su mente se fraguaba desde mucho tiempo antes la venganza.

Todo su ser rezumaba odio infinito hacia Jonathan Wales.

Se puso el abrigo y encasquetándose el sombrero cogió la funda de violín y abandonó su vivienda. Para ser más exactos, la

habitación del hotel donde se alojaba.

Ya en la calle, caminó sin prisa.

Tenía toda la noche por delante.

Toda la noche para matar a otro de los detectives del teniente Jonathan Wales.

CAPÍTULO XII

—¡Atención, coche 18! ¡Atención, coche 18!

Jack respingó sobresaltado arrancado bruscamente de sus pensamientos. Codeó innecesariamente al sargento Mifflin, puesto que éste se había despertado con prontitud y ya estaba descolgando el micro de la emisora. Todo rastro de sueño desapareció en él.

—Aquí coche 18, central.

La voz femenina que habló en primer lugar fue sustituida por la del teniente Wales.

—Se ha producido la falsa alarma que esperábamos, Duke. Comienza la acción.

—Estamos preparados, teniente —respondió Mifflin, sereno—. ¿Ha sido verificada?

—Sin lugar a dudas.

—¿Adónde tenemos que ir, teniente?

—Número 248 de la veintidós Oeste, Duke. Nuestro simpático informador asegura que dos individuos pelean a navajazos en el rellano del primer piso.

—¿Se encuentra nuestro hombre por los alrededores, teniente?

—Justo enfrente de la entrada al edificio, Duke. A unos quince metros de donde detendréis el coche. Se trata de una casa de tres plantas y él se ha situado en la terraza.

—De acuerdo, teniente. —Dio una grave cabezada Mifflin—. Estaremos ahí en cuestión de unos cuatro minutos.

—Mifflin...

—Diga, teniente.

—No se arriesguen más de lo necesario. Si llega a sonar un solo disparo, tumbaros bajo el coche.

—Descuide, teniente. Hasta ahora.

—Suerte para los dos, Mifflin.

El sargento puso en movimiento el automóvil después de colgar

el micro, y comentó sarcástico Loos:

—Wales ha sido muy gentil deseándome suerte a mí también. Por una vez se ha mostrado humano.

—Ahora eres un hombre más de su plantilla, Loos —replicó Mifflin, conduciendo a buena velocidad y haciendo ulular la sirena. Después de un corto intervalo, dijo—: Finalmente, se ha podido demostrar que tu teoría era acertada.

—Pues qué bien.

Duke Mifflin tardó unos segundos en preguntar:

—¿Sientes una especie de nudo en las tripas, Loos? Para tu información te diré que yo también tengo miedo, a pesar de que no lo aparente. Es cuestión de saber dominarlo. No te avergüences de tener miedo, muchacho.

Jack arqueó las cejas y soltó una risita que quiso ser sarcástica y resultó demasiado nerviosa.

—¿Miedo, dices? Esto es la mar de divertido, sargento.

—Debes sentirte orgulloso de haber descubierto tú solito a Benchley, Loos —siguió hablando Mifflin para evitar que el joven pensara en los acontecimientos que iban a vivir—. Estoy seguro que Wales cambiará de parecer respecto a ti.

—Lo dudo, 6argento. Para él siempre seré un novato sabihondo que vino a ocupar la plaza vacante de Novak. No espero que me pongan ninguna medalla por esto.

Mifflin sacudió la cabeza.

—Seguro que no, Loos. Pero a pesar de lo que puedas pensar, Wales no es nunca injusto. No tendrá más remedio que reconocer tus méritos. Y lo mismo ocurrirá con el capitán Flagg.

—Estamos llegando, sargento.

Mifflin afirmó con la cabeza.

—Ya escuchaste al teniente, Loos. Si llega a sonar un disparo nos zambullimos bajo el coche.

—Si Benchley nos da tiempo, ¿eh?

—No pienses más en eso.

—No puedo evitarlo. Siento cosquillas en el estómago.

—Se encuentra vigilado de cerca por nuestros compañeros, Loos. No hay nada que temer. En cuanto bajemos del coche correremos hacia el edificio marcado con el número 248, ¿entendido? Al mismo tiempo que damos sensación de realidad a Benchley,

permaneceremos lo menos posible bajo su campo de tiro.

—Comprendo, sargento. ¿Empiezo ya a rezar?

El coche policial enfiló a toda velocidad la calle indicada por el teniente, y al llegar frente al número 248 frenó bruscamente el sargento Mifflin, saltando a la calzada.

—¡Vamos, Loos!

Apenas pisaron el asfalto escucharon dos rápidos disparos en las alturas. Pero ninguna bala buscó sus cuerpos.

Jack miró perplejo a su compañero.

—Se han cargado a Benchley, ¿eh, sargento?

Pero pronto quedó convencido de lo contrario.

De nuevo empezaron a crepitar estampidos. Sólo que en esta ocasión calientes abejorros buscaban sus cuerpos.

* * *

Law Benchley permanecía agazapado tras el pretil de ladrillos de la terraza. Sostenía en sus manos el rifle listo para disparar y sus ojos brillaban escrutando hacia la calle.

De vez en cuando, sin mostrar inquietud alguna, echaba un vistazo de soslayo a su espalda. Sabía que no estaba solo en la terraza, pero aquello lo hacía reír quedo.

Iba a resultar una caza interesante.

Cuando su olfato le dijo que estaba siendo vigilado no se alteró en absoluto. Continuó con su plan sin dar la menor muestra de que percibía la trampa que le tendían.

Cerca de él se encontraban dos hombres, dos detectives de Wales posiblemente. ¿Cómo pudo llegar el teniente hasta él? Aquello lo desconcertó un poco al principio. Luego se alegró. Iba a demostrarle a su antiguo jefe que lo superaba en inteligencia.

Tenía localizados a los dos hombres situados a su espalda en la terraza. ¿Quiénes serían? Si alguno de ellos era Mifflin, Marlowe o Mitchell, lo sentía de veras. Lo mismo que sintió matar a Edward Novak y herir a Hunter. Todos fueron sus amigos en otros tiempos.

En el caso de Rand Hunter casi se alegraba de haber fallado. En su opinión era el mejor elemento de la brigada. Por lo menos lo consideraba el más humano.

Pero esta vez no iba a fallar.

Seguía conservando la misma puntería de siempre con las armas. Se pasó cerca de un mes en las montañas ejercitando hasta

recuperarla. Y se sentía satisfecho de su progreso.

De pronto, vio venir embalado al coche patrulla de la policía. En uno de ellos había viajado él en infinidad de ocasiones. Pero ahora estaba en el lado opuesto.

Justo en el instante que comenzó a sonar el chirrido de los neumáticos en el asfalto, se giró vertiginosamente Law Benchley y efectuó dos veloces disparos.

El detective Hugh Mitchell acababa de abandonar su escondrijo y se aproximaba cauteloso a su antiguo compañero cuando fue sorprendido por el fogonazo. Sintió un golpe en el pecho y giró en redondo tambaleándose unos instantes hasta caer de costado.

También Sidney Logan abandonó su escondite en la terraza y al mismo tiempo que Mitchell quiso sorprender a Benchley por la espalda. El segundo balazo que vomitó el rifle del expolicía fue para él.

Logan salió impulsado hacia atrás y chocó con las paletillas en la puerta de salida a la terraza. Con los ojos desorbitados de estupor fue resbalando lentamente hasta quedar sentado.

Benchley no se molestó en verificar la eficacia de sus disparos.

Estaba seguro de haber logrado su propósito.

Con inusitada rapidez asomó el busto por el pretil y llevándose el rifle al hombro, comenzó a enviar balazos en dirección a los dos hombres que acababan de salir del coche patrulla.

CAPÍTULO XIII

Duke Mifflin reaccionó lanzándose en zambullida al suelo y gritó a su compañero:

—¡Tírate a tierra, Loos!

Jack sintió el aire caliente de un proyectil que pasó rozándole la oreja izquierda. Pero en lugar de obedecer a Mifflin echó a correr en zigzag hacia la casa situada frente al número 248. Varios balazos buscaron su cuerpo y hasta llegó a sentir un golpetazo en el pecho. Pero las fuerzas no lo abandonaron.

En el instante en que alcanzaba la entrada del inmueble escuchó la voz del teniente Wales que le gritaba desde la esquina más próxima:

—¡Al suelo, Jack, maldita sea!

Loos cruzó el vestíbulo de entrada y comenzó a subir las escaleras a toda la velocidad que podían desarrollar sus piernas. Mientras subía extrajo la pistola de la axila.

Jadeante y sudoroso llegó frente a la puerta de la terraza. Esperó unas décimas de segundo hasta recuperar la respiración y situándose en el lado derecho de la puerta dio un tremendo patadón a la hoja con el pie zurdo.

La madera no cedió al primer intento.

El cuerpo tendido del detective Sidney Logan le impedía abrirse y Law Benchley imprecó una soez maldición enviando dos balas hacia la entrada de la terraza.

A continuación emprendió la huida en dirección a la terraza del edificio contiguo. Aquellas casas fueron construidas por el mismo contratista y toda la manzana poseía la misma altura. Las terrazas se comunicaban entre sí, separadas sólo por el bajo pretil de obra.

Jack escuchó el ruido inconfundible de pasos que se alejaban precipitados. Se decidió a empujar la puerta con el hombro y tuvo que hacerlo vigorosamente para que la hoja cediera. El cuerpo

inerte de Logan quedó a un lado.

El joven saltó sobre el cuerpo de su compañero y vislumbró a la figura fugitiva que se hallaba ya en la otra terraza.

Levantó la pistola apuntando.

—¡Alto o disparo!

A sus oídos llegó nítida la enloquecida carcajada que brotó de la garganta de Benchley. Efectuó Loos dos disparos seguidos, pero ninguno de ellos alcanzó al fugitivo. Vio que, por el contrario, se alejaba cada vez más saltando a otra terraza.

El muchacho corrió en su persecución prometiéndose a sí mismo que en esta ocasión no se le escaparía.

Law Benchley se detuvo inopinadamente y giróse velozmente abriendo fuego contra Jack.

El joven se arrojó de bruces protegiéndose con el pretil y sintió que la bala pasaba aullando por encima de su cabeza. Sin levantarse gritó a Benchley:

—¡Será mejor que no continúes la huida, Benchley! Toda la manzana está rodeada y no conseguirás escapar.

La voz del criminal le llegó burlona:

—Ven a buscarme si tienes agallas.

—¡Entrégate, Benchley!

—Ni lo sueñes, chico.

Jack intentó asomar la cabeza por encima de la balaustrada y un balazo le arrojó al rostro esquivando el pretil. Entonces tuvo una idea y no dudó un instante en llevarla a la práctica.

—Tienes mucho odio al teniente Wales, ¿eh, Benchley? —habló en voz alta—. Darías lo que fuese por vengarte de él, ¿no?

Law Benchley tardó unos instantes en responder.

—Puedes estar seguro de eso, muchacho.

—Pues ahora tienes la mejor ocasión de tu vida —siguió diciendo el joven—. Yo soy su hijo, Benchley. Mi nombre es Jack Wales.

Un profundo silencio gravitó sobre la penumbra de las terrazas.

Jack y el asesino de policías se hallaban separados sólo por una de ellas. Unos diez, o doce metros, como máximo. El silencio que repentinamente guardaba Law Benchley llegó a inquietarlo.

Aquel individuo tenía que saber su imposibilidad de fuga y quizá en su desquiciado cerebro se fraguaba la idea de completar la

venganza sobre Jonathan Wales eliminándolo a él. Y eso fue exactamente lo que pretendió Jack.

Agudizó sus sentidos porque Benchley podía pasar de fugitivo a agresor en el momento más inesperado. Sin embargo, no consiguió vislumbrar ni escuchar nada durante largos segundos. La tensión se iba acrecentando en el absoluto silencio de la penumbra.

De pronto, escuchó Jack que algo se deslizaba a su espalda.

Empuñó resuelto la pistola y aguardó conteniendo la respiración pegado al pretil de obra.

Pero comprendió que Benchley no podía venir de aquella parte.

Un cuerpo llegó a su lado arrastrándose sigilosamente y reconoció la voz del teniente cuando susurró:

—¿Dónde está Benchley?

Jack contestó en el mismo tono:

—Lo tengo delante. Agazapado tras la balaustrada de aquella terraza, teniente.

—¿Estás seguro, Jack?

—Creo que sí.

Jonathan Wales levantó la voz y dijo, dirigiéndose al emboscado asesino de sus hombres:

—Estás acorralado, Law. Es inútil que te resistas. Todo acabó para ti, Law.

A las palabras del teniente siguió un pesado silencio. Y súbitamente les llegó la contestación de las sombras:

—Ven a buscarme, Jonathan.

—Eso es exactamente lo que haré, Law. ¿Por qué tenías que matar a tus antiguos compañeros, maldito? Ellos nada te hicieron y todos te apreciaban.

—Me vas a partir el alma, Jonathan. Vamos, demuestra que eres el hombre duro que pretendes ser.

Jonathan Wales apretó los maxilares y sus ojos fulguraron en la oscuridad.

—Será un placer atraparte, Law —masculló, iracundo—. Y te retorceré el cuello cuando te tenga en mis manos.

Jack lo contuvo por el brazo.

—¿Qué piensa hacer, señor?

—Hay que detener a ese criminal.

—Déjeme intentarlo a mí, señor.

Jonathan Wales cabeceó negando rotundamente.

—Ni hablar, novato. Se trata de una cuestión personal entre Benchley y yo. Voy a resolverla a mi manera y no admito que nadie se interponga, ¿comprendes?

Jack trató de encontrar los ojos del teniente en las sombras y habló ansiosamente:

—Podemos cogerlo entre los dos, señor —señaló hacia un extremo de la terraza donde la oscuridad era más densa—. Puedo saltar por allí y echarle una mano.

Wales permaneció unos instantes silencioso.

La vida tenía aquellas ironías, aquellas crueles coincidencias. Allí, en las terrazas silenciosas de unos edificios, estaba jugándose la vida codo a codo con su hijo. Un hijo del que no tenía ni noción que existiera tan sólo unas horas antes.

Finalmente dio una lenta cabezada.

—Está bien, Jack —accedió en un murmullo—. Pero sólo intervendrás si lo necesito.

—De acuerdo, señor.

—Jack...

—Diga, señor.

—Mucha suerte. —Hizo una pequeña pausa Wales y añadió—: Si algo ocurre, dile a tu madre que...

Al ver que no continuaba, inquirió el joven:

—¿Qué debo decirle, señor?

Wales dio un brusco manotazo al aire.

—Será mejor que no le digas nada, muchacho. Vamos, ¿a qué estás esperando?

Jack forzó una sonrisa y empezó a alejarse pegado al pretil de la azotea en dirección a la zona de mayor oscuridad. En realidad, no se encontraba demasiado afectado por el suave, casi cariñoso trato que le dispensaba Wales.

A pesar de los esfuerzos de su madre por conseguir lo contrario, habían sido muchos años de sentir desprecio hacia una persona sin ni siquiera conocerla, para borrarlo todo en unos minutos de comprensión. No, nunca vería al teniente Jonathan Wales como a un padre.

Llegó a la zona oscura y se empezó a incorporar lentamente.

Nada turbó el silencio.

Law Benchley seguiría esperando resguardado tras la balaustrada de la otra azotea, aunque evidentemente no podía verlo a él, dada la oscuridad reinante. Acabó de levantarse sigiloso y sin producir el menor ruido intentó llegar al suelo de la siguiente terraza.

Con la frente perlada por gotitas de frío sudor llegó a él y comenzó a arrastrarse sobre codos y rodillas hacia el pretil donde supuestamente se encontraba refugiado Law Benchley. A unos siete metros a su derecha, contuvo la respiración agudizando el oído sin lograr captar ni el menor ruido.

Después de unos instantes de vacilación decidió seguir adelante y extremando las precauciones quiso pasar a la otra azotea, a la que debía encontrarse Benchley. Pegado a la parte superior de la baja balaustrada fue pasando el cuerpo por encima de ella.

Le extrañó que el teniente no hubiera dado señales de vida.

El silencio era total a su alrededor y por un momento hasta llegó a suponer que se había quedado solo. Fue entonces cuando vio a un bulto agazapado en las sombras junto al pretil. Más bien se debió a un destello metálico procedente de aquel lugar.

Pero Law Benchley también lo descubrió a él simultáneamente. Levantó el rifle y disparó.

Jack tuvo el tiempo justo de arrojar al suelo de la terraza y rodar por él eludiendo el primer balazo enviado por el asesino. Siguió rodando porque Benchley introducía un nuevo proyectil en la recámara y disparaba de nuevo.

El joven tuvo mala suerte.

En su continuo rodar por el suelo de la terraza, su mano armada chocó violentamente contra algo contundente y la pistola se le escurrió de entre los dedos.

En aquel preciso momento entró en acción el teniente.

Durante todo el tiempo había estado aproximándose lentamente a su enemigo, y cuando empezaron a sonar los disparos, se encontraba aún a unos metros de él. Dio un salto increíble y pasando limpiamente sobre el borde del pretil, cayó encima de Benchley.

Jack quedó inmóvil viendo como ambos hombres se enredaban en un tremendo y violento cuerpo a cuerpo. Pero Benchley resultó mejor que Wales en principio y se desembarazó de él aplicándole un

culatazo en el muslo que lo hizo caer perdido el equilibrio.

Y entonces cometió un error Law Benchley. Creyó que Jack era Wales, o quizá lo hizo intencionadamente. El caso fue que levantó el cañón del rifle dispuesto a acabar con el joven. Estaba completamente a su merced.

Jack pensó que allí se acababa todo para él.

Sonó un disparo.

Y el joven pudo ver con ojos desorbitados cómo el teniente Wales había saltado desde el suelo en el último instante, interponiéndose entre él y Benchley.

Recibió el balazo del asesino casi a bocajarro.

Jack reaccionó rápidamente impulsado por su propio instinto de conservación, y en dos zancadas se plantó junto a Law Benchley. Comenzó a golpearlo salvajemente, sin ninguna clase de miramiento. El rifle cayó al suelo y Jack prosiguió aplicando un duro correctivo al asesino.

Sólo se detuvo cuando el sargento Mifflin lo sujetó por los hombros y tiró con fuerza de él.

—Ya tiene bastante, Loos.

Anonadado, nublada la visión por el mismo furor que lo dominaba, le pareció a Jack que la terraza se llenaba de policías. Alguien pidió a gritos la llegada de una ambulancia.

En el suelo, sujeta la cabeza por el detective John Marlowe, el teniente Jonathan Wales posó los ojos en el joven.

—Jack...

Loos se le acercó lentamente y pudo observar la tremenda herida que tenía su jefe en el pecho. Lo estaba mirando intensamente, y cuando el muchacho se inclinó a su lado, dijo con voz débil:

—Dile a tu madre que me perdone, muchacho... Y tú también.

Jack dio una lenta cabezada.

El teniente Wales alargó la diestra y se aferró a la mano de Jack. Luego pidió en un susurro:

—Quisiera escucharte decir padre, Jack.

Jack Wales Looseman apretó con fuerza los labios. Miró largamente a su progenitor. Pero sus labios crispados no se abrieron para pronunciar la palabra padre.

CAPÍTULO XIV

Anne Looseman entró en la blanca habitación de la clínica acompañada de su hijo Jack.

Durante largos segundos que parecieron siglos contempló al hombre que a su vez los miraba desde el lecho. Habían transcurrido tres días desde que fue atrapado Law Benchley.

Finalmente compuso una mueca Jonathan Wales y pidió:

—Por favor, Anne, acercaros un poco.

Jack y su madre lo hicieron despacio, sin quitar los ojos del rostro del teniente.

—Quizá sea la última vez que tenemos ocasión de hablar —dijo Jonathan Wales, haciendo una mueca de dolor—. Me encuentro muy débil y creo que...

Anne Looseman dejó escapar una forzada risita.

—Vamos, Jonathan, no te hagas el mártir. Acabamos de hablar con el doctor Jacobs y asegura que te encuentras fuera de peligro por el momento. La bala de Benchley te atravesó el pecho, pero sin llegar a interesar ningún órgano vital. Has perdido mucha sangre y ésa es la causa de tu debilidad.

Wales se mordió el labio, y después de un corto silencio en el que miró a Jack, solicitó a Anne:

—Quisiera hablar contigo a solas, Anne.

Jack negó moviendo la cabeza con una dura expresión en el rostro.

—Todo lo que atañe a mi madre me afecta directamente, señor. Soy el único hombre de la familia.

Wales volvió a mirarla y esbozó una leve sonrisa.

—¿Puedo decirte que me siento orgulloso de ti..., hijo?

Jack continuó serio.

—Querrá decir que se siente orgulloso del detective Jack W. Loos ¿verdad, señor?

—No, Jack, me siento orgulloso de mi hijo.

—Lo dudo mucho, señor —gruñó el joven—. Con todo el respeto, le diré que usted carece de sentimientos.

Anne Looseman intervino para reprender a su hijo.

—Eres injusto, hijo —empezó a decir con cierta dureza en la entonación—. Has olvidado demasiado pronto que... Jonathan se encuentra en ese lecho por interponerse en el camino de una bala que iba destinada a ti. Aunque sólo fuera por eso...

Prietos los maxilares, replicó Jack:

—No le pedí que lo hiciera, madre.

—Pero él lo hizo y es lo que cuenta, Jack.

El joven arrugó el ceño y contempló perplejo a su madre.

—No me irás a decir que empiezas a compadecerte de él, ¿verdad, madre? —inquirió, mordaz—. Me llevaría una tremenda decepción.

La mujer extendió el índice y apuntó con él a su hijo.

—No siento compasión alguna por Jonathan Wales, Jack —dijo, severa—. ¿Y sabes por qué no puedo sentirla? Precisamente, porque en ningún instante he dejado de amarlo. He deseado mil veces que viniera a nosotros de nuevo, Jack. No podía ser yo quien diera el paso, pero puedo jurarte que lo deseaba con todas mis fuerzas.

Jack abrió mucho los ojos y miró escandalizado a su madre. Después de un pesado silencio, empezó a decir:

—Creo que tengo derecho...

—¡No tienes ningún derecho, Jack! —lo cortó seca Anne Looseman—. Jonathan me ha llamado a su lado y yo he decidido acudir. Vamos a discutir sobre nuestras vidas y tú no tienes derecho a imponernos condiciones, ¿comprendes? Cuando decidas unirme en matrimonio a Patsy Hunter, será tu futuro el que estará en juego y podrás imponerte las condiciones que desees. Pero no en nuestro caso. ¿Ha quedado bien claro, Jack?

El joven asintió lívido el rostro. Haciendo un esfuerzo consiguió articular:

—Creo que sí, madre.

—En ese caso te agradeceré que nos dejes solos. Nos veremos a la hora de la cena.

—Está bien, madre.

Ya se giraba Jack cuando escuchó la llamada de Wales:

—Jack...

El joven se giró despacio.

—Diga.

—Quiero que sepas algo, muchacho. —Después de una corta pausa, agregó el teniente—: Nunca entraré en vuestra casa si tú me niegas el consentimiento.

El joven frunció el ceño sin apartar los ojos del hombre tendido en el lecho. Durante interminables segundos permanecieron ambos en aquella actitud. Luego desvió la mirada Jack, al tiempo que musitaba:

—Creo que mi madre tiene razón.

Sin decir nada más, salió de la habitación.

Jonathan Wales sacudió levemente la cabeza, comentando:

—¿Por qué dejaste que fuera policía, Anne?

—Lo lleva en la sangre, Jonathan —explicó su esposa—. Desde niño deseó serlo cuando fuera mayor... Yo jamás influí en ese sentido respecto a él.

Wales forzó una sonrisa.

—Es un buen cachorro de sabueso. Ha dado una lección de agudeza mental, de olfato policial, a todos los veteranos de la brigada de homicidios. Y me cuento entre ellos.

De nuevo se abrió un silencio entre ambos.

Jonathan alargó la diestra y aprisionó la mano de Anne con sus dedos. Ella no la retiró.

—¿Crees que podríamos empezar de nuevo, Anne? —musitó el teniente—. Hemos perdido demasiados años.

Su esposa no pestañeó fijas las pupilas en su rostro.

—Me parece que es un poco tarde, Jonathan.

—¿Te refieres a Jack?

—Jack acabaría aceptándote sin reservas. He podido comprobar que en el fondo siente una gran admiración hacia ti. Representas todo lo que él desea ser en el futuro.

Jonathan dio una lenta cabezada.

—Comprendo. Eres tú la que no deseas volver a empezar. Sin embargo, deseo decirte una cosa, Anne. Jamás en mi vida ha existido otra mujer que no fueras tú. Cuando te abandoné, cuando mi estúpido orgullo me impidió seguir rogando tu perdón, el mundo se acabó para mí. He vivido años de desesperación, me he vuelto

duro como el granito porque me faltabas tú, Anne. En muchas ocasiones busqué la muerte...

La mujer puso sus dedos en la boca de él.

—Por favor, Jonathan, calla.

—No puedo, Anne. En cierta oportunidad estuve en Albany buscándote. Nadie supo darme noticias de ti. Aquel día...

—No quise que nadie supiera nuestro paradero, Jonathan —susurró Anne Looseman—. Y sin embargo, deseaba tanto verte aparecer un día ante mí... Es un contrasentido, ¿no?

—Te quiero, Anne. Te quiero más que nunca. Prometo que si me dejas demostrarte...

Anne Looseman se inclinó posando los labios en la boca de Jonathan.

Cuando se levantó después de besarlo, sonrió entre lágrimas.

—Lo intentaremos, Jonathan. Lo intentaremos de nuevo.

CAPÍTULO XV

En otra habitación de la misma clínica, Rand Hunter se encontraba sentado en el lecho con la espalda apoyada en la doble almohada. Contemplaba estupefacto a su hija y a Jack.

Ambos jóvenes se miraban a los ojos en silencio.

—¡Pero bueno! —exclamó, sin poderse contener por más tiempo Hunter—. ¿Es que acaso se trata de un diálogo de mudos, o qué?

Jack lo contuvo con un ademán sin girarse a mirarlo.

—Esto es asunto nuestro, Hunter.

—Eh, Jack, que yo soy el padre de la criatura, hombre.

—Eso no importa.

—¿Qué?

—Patsy y yo estamos haciendo planes para el futuro, Hunter —siguió diciendo el joven, sin mirarlo—. Y sólo nos atañe a nosotros dos.

Hunter dejó escapar un resoplido.

—¿Planes para el futuro? No me digas ahora que sois telépatas, Jack. Vamos, daros un beso para que me quede tranquilo y santas pascuas. Te aseguro que es una buena táctica con las mujeres, chico.

Jack Wales sacó el pañuelo del bolsillo y lo tendió al padre de Patsy. Hunter lo rechazó, sonriendo.

—Te prometo que no voy a llorar de emoción, Jack.

—Es para que te lo metas en la boca y guardes silencio, Hunter. Hablas demasiado.

—Conque hablo demasiado, ¿eh?

Jack miró a los ojos de Patsy e inquirió:

—¿No te parece que tu padre habla mucho, nena?

Ella afirmó con la cabeza.

—Mi padre es un bocazas, Jack.

—¿Nos vamos al jardín, Patsy?

Hunter protestó airadamente.

—¡Eh! No podéis hacerme eso a mí. Un padre debe vigilar por la felicidad de su hija, conchos.

Jack cogió a la muchacha del brazo y se la llevó hacia la salida. Ya bajo el dintel, se giró mirando al padre de Patsy.

—Procura ponerte en pie lo antes posible si quieres asistir a nuestra boda, Hunter.

—¡Espera, Jack!

Pero los dos jóvenes salieron de la habitación sin prestarle demasiada atención. Caminando lentamente por el pasillo, pasó Jack el brazo por los hombros de la chica.

—Tendremos que casarnos pronto para dejar libre el piso de mi madre, Patsy.

La hija de Hunter frunció los labios haciendo un mohín.

—Todavía no me has pedido que sea tu esposa, Jack.

—¿De veras?

—A toda mujer le gusta escuchar una declaración en regia. Y tú te has limitado a planteárselo a mi padre como si yo estuviera completamente de acuerdo.

Jack se detuvo y la miró sonriente.

—¿No lo estás, Patsy?

—No lo sé —encogió los hombros la chica—. Todavía no he tenido oportunidad de escuchar tu declaración, Jack.

—Es que tengo miedo a que te enfades como la otra vez, Patsy.

Ella sacudió la cabeza sonriendo abiertamente.

—Tendrás que correr el riesgo, novato.

Jack se quedó unos instantes pensativo masajeándole el mentón. Acto seguido, tomó una decisión.

—Lo haré de forma que no tengas dudas, nena.

Y abarcándola por la cintura antes de que Patsy pudiera oponer algún reparo, tiró de ella estrechándola contra su pecho. Se inclinó ligeramente y la boca de Patsy salió al encuentro de sus labios.

El beso se prolongó interminable.

Una enfermera cuarentona que pasaba por allí puso cara avinagrada y refunfuñó recriminatoria:

—¿Es que no tienen otro sitio para hacer estas cosas?

Jack se despegó de Patsy y le dirigió una mirada.

—Todavía no —explicó, haciendo un ademán—. Pero no tardaremos en tenerlo.

La chica sonrió a la enfermera de cara avinagrada.

—¿Es usted casada, enfermera?

La otra levantó la barbilla altivamente.

—Soy soltera, señorita.

—Pues no sabe bien lo que se está perdiendo. Sigue, Jack.

El joven obedeció de inmediato y siguió besándola a fondo.

La enfermera se disponía a mascullar otra frase reprobativa, pero lo pensó mejor y apretó los labios, alejándose con la cabeza muy erguida por el pasillo.

FIN

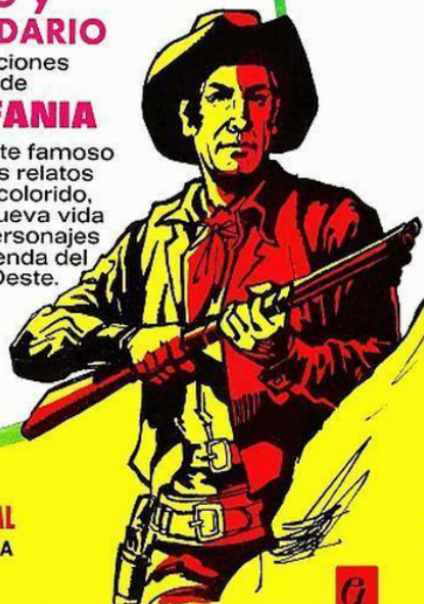
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

